AYUNTAMIENTO DE DURANGO







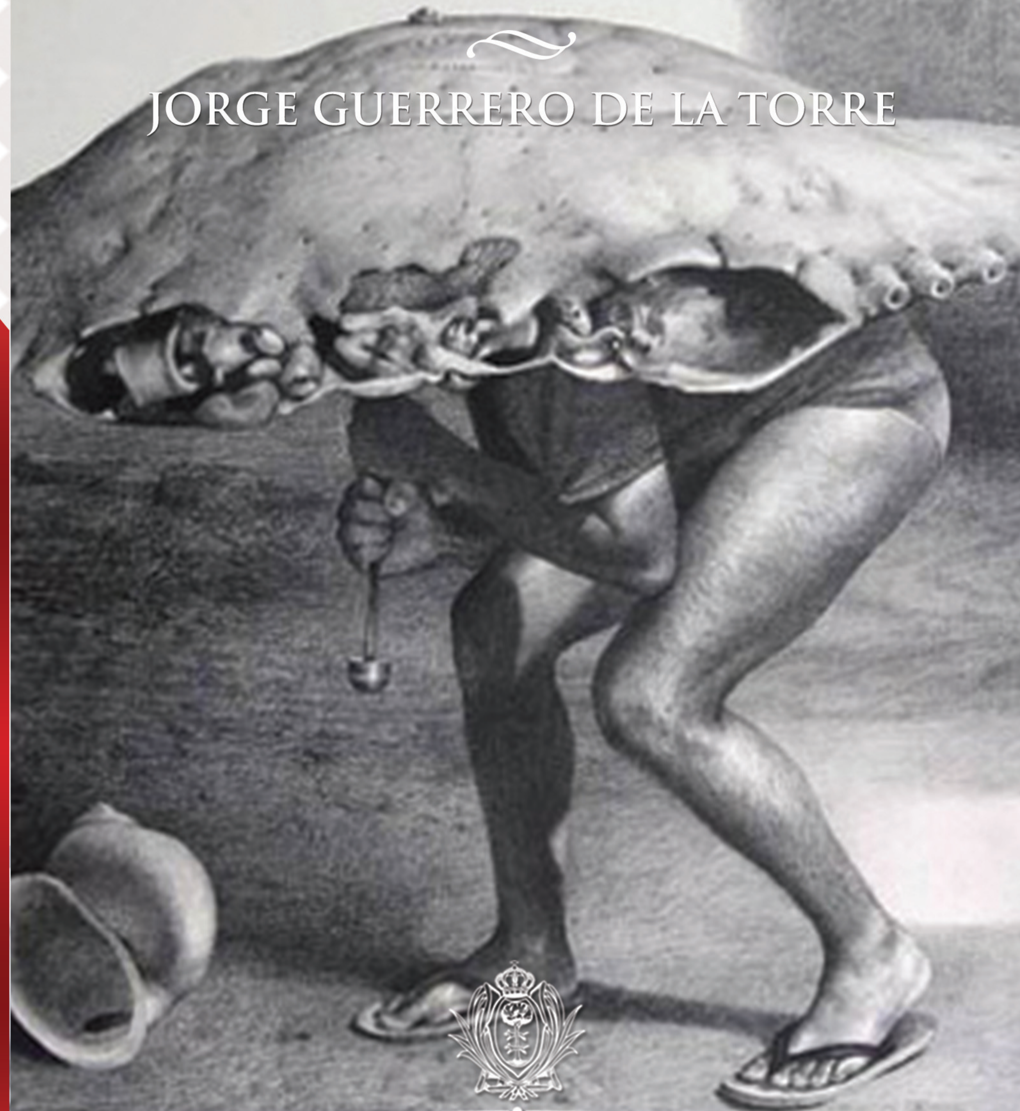


Ascentio

JORGE GUERRERO DE LA TORRE

Ascentio

JORGE GUERRERO DE LA TORRE





INSTITUTO MUNICIPAL DEL ARTE Y LA CULTURA


AYUNTAMIENTO
DE DURANGO

EDITORIAL Contigo
mejoramos Durango

ASCENTIO

Dr. Esteban Villegas Villarreal
Presidente Municipal de Durango
Lic. Rafael Valentín Aragón
Secretario del H. Ayuntamiento
Lic. Alfonso Herrera García
Presidente de la Comisión de Educación, Cultura y Deporte del Ayuntamiento
José Lauro Arce Gallegos
Director del Instituto Municipal del Arte y la Cultura

Ascentio

JORGE GUERRERO DE LA TORRE



COLECCIÓN
TESTIMONIOS

Primera edición, 2014

Instituto Municipal del Arte y la Cultura
Cerrada Gabino Barreda 604, esquina con calle Juárez,
Zona Centro / C.P. 34000 Durango, Dgo.
Tel: (618) 1378490
e-mail: editorialcontigo.imac@gmail.com

Coordinación: FRANCISCO JAVIER PÉREZ MEZA
Diseño de esta edición: ARGELIA ESQUIVEL CHÁVEZ

IMAGEN DE PORTADA
Autor: Ricardo Fernández Ortega
Título: Alucinacion de un curandero hablando con Duchamp
Técnica: Grafito sobre tela
Medidas: 90 x 141 cm.

ISBN 978-607-9031-48-0
Impreso en México.

ALFA: (H_1)

En la Península de Yucatán —justo dónde impactó hace millones de años un gigantesco asteroide—, vive en un mísero pueblo de pescadores, un anciano indígena maya. Él, cuando comienzan los inviernos, decide viajar hasta los restos de una antigua ciudad —conocida como Dzibilchaltún— para leer los designios marcados en las rocas. El hombre —chamán entre los suyos—, canta canciones dulcísimas, desconocidas, con palabras bellas y profundas. Canta por días enteros y quien se acerque, no se cansa de oírlo. El sabio, mientras eleva sus cánticos, no prueba alimento y permanece en la misma postura, sin notar los templos ni las pirámides a su rededor, siendo imposible hallar fatiga en su voz. Un día, un murmullo como de electricidad en el aire, lo sacó del trance.

El anciano, luego de orar a sus dioses durante tanto tiempo, esa tarde con cielo abierto y azul, recibió al fin la señal: el Gran Salto llegaría en poco tiempo.

Primer hallazgo

Fue mi ciencia, la que me llevó a la conclusión de que el mundo es mucho más complicado de lo que puede ser explicado por la ciencia.

Es sólo a través de lo sobrenatural, como se puede entender el misterio de la existencia.

Allan Sandage, astrónomo estadounidense.

Sorprendido, Torsten Åkesson, miembro del comité directivo del Consejo Europeo para la Investigación Nuclear, escuchaba a su joven colega Peter Christiansen, miembro de la división de física experimental de altas energías, el cual se movía nerviosamente de un lado a otro en su oficina.

—Peter, por favor, tome asiento —indicó el anciano. Peter vaciló un momento, y exclamó:

—¿Ha leído mi reporte? ¡Ustedes, los miembros del consejo han eliminado lo esencial! —luego bajó la voz, sentándose—. No lo toleraré, no puedo permitirlo. Los datos son concluyentes y todos deben saberlo. Doctor Åkesson, algo muy peligroso sucedió en el *Long Hadrons Collider*, y hoy el consejo intenta ocultarlo.

—Peter, no encuentro en este documento algo definitivo para apoyar sus afirmaciones ¿Habla usted de que ocurrió un terrible accidente en el LHC? ¡Peter!, pero si nadie se ha enterado aún de algo así. Un evento de esa magnitud sería evidente e innegable —después de una pausa, el hombre mayor agregó cuidadosamente—. ¿Acaso le está afectando la presión del cargo? Es comprensible que algo así le esté ocurriendo, pero escúcheme y tranquilícese. Inculpar a los directivos del CERN de ocultar una supuesta falla en el

LHC, es una rotunda necedad. Créame, está usted entrando en un estado de intenso estrés laboral y eso lo está volviendo paranoico —agregó Torsten. Luego miró en silencio a Peter. Por fin gruñó, sacó su pipa y sin encenderla la puso en su boca—. Peter, usted es el mejor en su área, y por eso se le escogió entre decenas de candidatos para asumir el liderazgo del equipo de ALICE. Nadie como usted para trabajar en el gran colisionador de iones anexo al LHC. Usted y sus chicos han logrado extraordinarios descubrimientos en poco tiempo.

—Doctor Åkesson, respeto sus palabras, pero simplemente me niego a aceptar su indolente evasión de los hechos —respondió Peter, tenso—. Le ruego me entienda, ha sucedido algo inesperado dentro de ese enorme acelerador de partículas, lo sé, lo he recalculado infinidad de veces. Los datos están ahí, véalos. Todo apunta a un situación que puede decaer en un evento de proporciones cataclísmicas.

—Peter, ya ha sido analizado con extremo cuidado su reporte original —reiteró Torsten—, y no podemos estar de acuerdo con usted. Está fundamentando sus interpretaciones en herramientas teóricas, cuyas matemáticas son sumamente abstrusas y que apenas están en desarrollo; además, sólo usted y otros tres en el mundo dominan ese tipo de ecuaciones. No podemos darle la razón, precisamente por la extrema especialización requerida para comprobar sus aseveraciones —una complicada expresión pasó fugazmente por su rostro y desapareció enseguida—. Lo veo agotado, y por lo tanto, le recomiendo tome mi consejo como amigo: váyase de vacaciones; tome un vuelo hacia Aruba, Costa Rica quizás. En esta temporada del año habrá pocos visitantes. Descanse y recupérese, —ordenó Torsten—.

Además debería de estar muy satisfecho por el incremento a su fondo de investigación —se puso en pie y encaró a Peter serenamente—. Yo personalmente recomendé al consejo autorizar ese incremento. Compréndalo, de continuar usted así, únicamente obtendrá problemas gratuitamente ¿O acaso quiere perder sus privilegios? —cuestionó Torsten. Su cara arrugada se ensombreció.

—¿Cómo puede usted despreciar mis pruebas, así, como si nada? ¿Está demente? ¡Acudiré con el director general del consejo del CERN! —replicó Peter, mirando con furia a Torsten— ¡Haré antesala en la oficina del mismísimo presidente del Consejo Europeo, si es necesario! —insistió Peter tocando una pila de papeles. No parecía dispuesto a cambiar de parecer y continuaba hojeando los documentos, frunciendo el ceño, mientras se pasaba la lengua por los labios—. Doctor Åkesson, con el último miligramo de respeto que le tengo, le diré: usted no ha intentado comprender las implicaciones de mi reporte original. O quizás no lo ha querido leer con cuidado. Pues se lo explicaré de manera sencilla y espero me escuche: al realizar un experimento avanzado con ALICE, pretendíamos formar un plasma de quarks y gluones, pero al hacerlo, observamos la manifestación de unas extrañas partículas nunca antes vistas. Por un momento pensamos que eran el producto de un estado alterado de multi-stranglets bariónicos, pero al realizar un análisis minucioso, encontramos en su momentum transverso una distribución inconsistente a los espectros predichos. Estábamos ante algo fascinante, nunca antes visto.

—Sí, lo sé —observó sombríamente el anciano, con la paciencia agotada —eso aparece en su reporte.

—Pero no ha entendido la versión original de ese reporte —hizo una pausa, girando las notas para que Tors-

ten pudiera leer—. Mire las gráficas. Hubo algo más, un suceso brevísimo, tan efímero que por poco escapa de nuestra atención: El plasma de quark-gluón, generó un proceso cuántico de excepcional energía en una pequeña región puntual, de tal modo que concentró esas partículas desconocidas a una densidad tan elevada que, durante dos nanosegundos, formaron una ardiente microesfera de cinco trillones de grados.

—¡Por eso no acepto sus datos, porque eso es imposible! —exclamó Torsten, sumamente alterado— ¡Usted dice haber logrado un evento termonuclear 300 mil veces más caliente que el núcleo del Sol!

—Pues debe creerlo. Y además, de acuerdo a mis cálculos, hemos formado accidentalmente una ruptura local en la urdimbre del espacio-tiempo.

—¡Absurdo! —objetó Torsten, apuntándole con la pipa. El viejo lo miró con su fría mirada azul— Es mejor que se retire —ordenó, categórico—. Doctor Christiansen, vaya a su oficina y reflexione sobre todo esto. No puedo permitirme perder a un elemento como usted, y a la vez no puedo dejarle tener esas ideas irreales; de algún modo, usted se ha vuelto mi responsabilidad, pues debo cuidar nuestra inversión en usted —luego movió la cabeza y lo miró fijamente—. Quizás sea mejor que se retire a su casa. En el camino, cómprese una botella del *Pinot noir* y busque una chica con quien compartirla.

Al retirarse, Peter pensó: "Será mejor lograr, de algún modo, convencer a otros miembros de la comunidad científica. Algo terrible ha ocurrido y sus consecuencias, si no hacemos algo para evitarlas, pueden llegar a ser catastróficas."

CAPÍTULO I

En las lenguas tradicionales de México, hay una correspondencia con una concepción del universo ya olvidada por el mundo occidental: que el mundo es un ser viviente.

Carlos Montemayor, escritor mexicano

Chicxulub puerto
Yucatán, México
4 de febrero, 2012. 7:20 A.M.

Eliseo decidió viajar muy temprano, apenas amanecía. Era el día de San José de Leonessa, por eso escuchó estallidos no muy altos: lanzaban cohetes frente a la capilla. Los mayas, habitantes de las casas blancas, caminaban inquietos, preparándose para la fiesta patronal.

Esa mañana amaneció brumosa y los lugareños perecían seres de bronce, figuras de humo flotando ingrávidas al ras del piso. Se deslizaban silenciosos con la asfixiante humedad del aire.

Bicicletas montadas por gente fumando, casi rozaron su vehículo. Un hombre gordo echaba bocanadas del cigarro sin quitarlo en ningún momento de sus labios. Miró a Eliseo, y de pronto pedaleó con rapidez, como si al verlo quisiera darle aviso a alguien de su llegada. El sol surgía desde la selva acompañado por una música tenue, era una melodía ubicua, deshilachada, se interrumpía y volvía a empezar en un sitio distinto, a lo largo de las casitas, entrelazándose con la neblina. Los pequeños hogares, tapados con techos de palma, eran cajas acústicas de la jungla. Aquél era un sonido nostálgico y fantasmal.

Eliseo miraba con insatisfacción la pantalla del sistema de navegación. El GPS no le era de utilidad ahí, pues no poseía datos de las calles de ese pequeño pueblo. Entonces, deteniéndose, le preguntó a un niño:

—¿Oye, sabes dónde está la casa de don Valerio Cob Yah, el curandero? —el niño lo miró, con unos ojos como tizones en los que ardía un poco de noche.

—Lo busca con urgencia ¿verdad? —fue misteriosa la manera de contestar del niño. Extendiendo su brazo, tan delgado como una rama, tostado por cientos de cielos ardientes, le indicó que avanzara derecho hasta el final de la calle—. Allá en la distancia, donde se ven esos árboles altos, allí es.

Durante los meses anteriores, los pulmones de Eliseo habían comenzado a sufrir el alto nivel de humedad del aire caribeño, padeciendo una exacerbación severa de su asma, lo cual le impedía realizar muchas actividades. Sus alvéolos, inflamados y doloridos, resentían la reducción de la luz bronquial. Tosió, como si un puñado de tachuelas anidando en su pecho le negara la respiración. Se aplicó en la boca el dosificador de corticosteroide, y con una profunda inhalación llevó el medicamento a los pulmones. El ahogo en su tórax fue disuelto con un mareo extasiante. Luego, con cuidado, quitó poco a poco el freno, arrojando el vehículo todoterreno hacia delante, en un rodar lento, internándose en lo desconocido, transitando por una calle sin pavimentar, conduciendo sobre piedrecillas y baches. Eliseo avanzó entre un grupo de gente que se abría como el mar rojo. Cien metros, doscientos. Nada, no veía la casa del curandero del pueblo. Pasó el cruce de las calles indicadas hasta que por fin pudo divisarla a lo lejos. Los tronidos de los cohetes se quedaron al poniente por detrás de la

selva. Eran como fugaces crujidos subiendo y explotando súbitamente sobre el ojo inmenso del día.

Y luego, un último estallido de cohetes.

Segundo hallazgo

Si tengo un boleto de estacionamiento, siempre hay un universo paralelo en donde no lo tengo.

Por otro lado, existe otro universo donde mi coche fue robado.

Max Tegmark, cosmólogo sueco-estadounidense.

El Auditorio del Centro de Ciencias Matemáticas, de la Universidad de Cambridge, se encontraba a su máxima capacidad. Esa tarde, ante los medios y la comunidad científica, el afamado doctor Hawking haría una extraordinaria declaración. Subió al pódium, situándose ante los micrófonos y comenzó a hablar:

—Agradezco su gentil disposición al haber respondido a mi convocatoria. Esta tarde los he reunido para dar a conocer los resultados del análisis de los datos recabados a través del Telescopio Espacial Newton y del Detector Hypatia de Energía Oscura. En virtud a que nos acompañan nuestros amigos de la prensa, explicaré los resultados de manera sencilla y clara: luego de meses de evaluar la información, los miembros del Centro de Cosmología Teórica de la universidad, hemos logrado obtener pruebas físicas para validar la teoría de universos múltiples; es decir, podemos afirmar categóricamente que existe un número infinito de universos paralelos al nuestro, y nosotros sólo podemos percibir una fracción de la realidad cuántica completa —continuó explicándose con voz firme—. En lo personal, siempre defendí esta teoría, formulada hace décadas por Hugh Everett a partir de la mecánica cuántica. Everett propuso que si un evento cuántico poseyera diversas evolu-

ciones, se sostendría la coherencia de la realidad por medio de la existencia forzosa de múltiples universos independientes y diferentes entre sí, en los cuales los procesos aleatorios cuánticos se manifestarían de acuerdo a su factor probabilístico. Es decir, si un electrón puede adoptar diez estados físicos diferentes, la teoría de universos múltiples define la ramificación del universo en múltiples copias, una para cada posible universo en el cual ese electrón adoptará cada uno de los diferentes estados físicos posibles...

—Doctor, perdone usted —interrumpió una joven reportera de la BBC—, pero le ruego sea más claro en su explicación, pues está utilizando términos poco comunes para el público —el resto de los periodistas asintió. Ante la petición, el científico sonrió, contestando amablemente:

—Amigos, les pido una disculpa ante mi breve pérdida de perspectiva. Para remediarlo, realizaré el resto de mi exposición de forma accesible; mis colegas tendrán después oportunidad de leer todo esto, adecuadamente enredado en un pesado galimatías matemático —la honesta sencillez del científico relajó el ambiente, haciendo reír al público con su último comentario—. Dicho en términos simples y llanos, la teoría de los universos múltiples propone esto: esta mañana al salir hacia acá, me enfrenté ante la decisión de cerrar adecuadamente las puertas de mi hogar. Naturalmente tuve ante mí dos opciones: A) Cerrar las puertas, B) No cerrar las puertas. Pues bien, dependiendo de la decisión que tomase, se derivarían dos posibles consecuencias: 1) si cerrase correctamente las puertas, mi casa se mantendrá segura, libre de allanamientos perniciosos; o 2) en el caso de no cerrar apropiadamente, mi hogar será fácilmente asaltado por ladrones. ¿Queda claro que existen esas dos posibilidades? Una en la que las cosas estarán

bien, y otra en la que los eventos serán nefastos. Pues bien, si logran imaginar esos dos escenarios, les diré que de acuerdo a nuestra investigación, hemos obtenido pruebas firmes para demostrar, categóricamente la existencia física de un universo en el que una versión de mi regresará a su casa y encontrará todo en su lugar, y simultáneamente existe un universo con otra versión mía en el que su hogar habrá sido objeto de robo. Así, en definitiva, hay universos paralelos, cada uno con una diferente versión de nosotros mismos, viviendo todas las circunstancias imaginables.

Conforme avanzaba la conferencia, varias personas se removían inquietas es sus asientos, confundidas ante la extrañeza de las palabras del científico.

—Doctor Hawking —preguntó incrédulo un reportero de la cadena ITV—, en otras palabras, ¿declara que han sido descubiertos, allá afuera, en alguna parte, universos en los que usted no nació, o en los que los nazis ganaron la guerra? ¿Eso es lo que quiere decir?

—Así es, ¿lo imagina? El Cosmos está constituido por una infinidad de universos, algunos muy semejantes al nuestro y otros absolutamente distintos. Las pruebas son concluyentes y ante ellas es mejor utilizar el término “Multiverso”, para referirnos a la totalidad de universos. Las implicaciones de nuestro hallazgo son profundamente revolucionarias.

—¿En qué sentido lo afirma, doctor Hawking? —preguntó un miembro de la cadena Channel 4.

—Influirá en la forma de ver y comprender todo —respondió con marcado entusiasmo—. Disciplinas tales como las matemáticas, la física teórica, la filosofía y la historia especulativa, en primera instancia, se verán directamente influidas por nuestro descubrimiento —hizo una pausa,

reflexionando brevemente sus palabra. Luego agregó—. Para lograr ejemplificar mejor las cosas, quisiera pedirle un favor a este joven, que además de ser mi alumno, sé de buena fuente que también escribe narrativa de especulación científica.

De entre el público, un muchachito flaco y desaliñado levantó trémulamente su mano, y con voz tímida dijo:

—Sí, cultivo ese tipo de literatura.

—¡He aquí entre nosotros un artista! —exclamó el doctor Hawking—. Caballero, le solicito me ayude de la siguiente manera: por favor, díganos si entre sus proyectos literarios posee algún texto sobre realidades alternas.

El aludido aspirante a escritor cerró los ojos durante unos instantes y luego respondió:

—Justamente estoy escribiendo una novela, sobre una Tierra paralela, un mundo con notables diferencias respecto al nuestro. En mi historia nuestra amada Princesa Diana se ha divorciado del Príncipe Carlos, muriendo ella dramáticamente en un sospechoso accidente automovilístico; también ocurre un largo y desgastante conflicto armado entre la OTAN y varios países del Medio Oriente; además narro una serie de terribles ataques terroristas contra Nueva York y Washington, y en otra parte de mi novela describo a un hombre de raza negra llegando a la presidencia de los Estados Unidos. Olvidaba decir que usted doctor está restringido a una silla de ruedas, y padece una grave enfermedad motoneuronal degenerativa. Como ustedes ven, es un mundo en muchos aspectos semejante al nuestro, pero a su vez muy diferente.

—Bien con eso es suficiente —indicó el doctor Hawking, admirado por la profusa creatividad del joven—. Como escuchamos, el caballero propone en su novela un

conjunto de eventos absolutamente ajenos a nosotros. Principalmente, lo relacionado a mi persona me pareció ingenioso, algo cruel, pero ingenioso —risas entre el público—. Afortunadamente, a mis 70 años gozo de un aceptable estado de salud. Habitúo correr un par de millas y pienso participar el próximo abril en la maratón de Londres. Pero de acuerdo al modelo del Multiverso, existe por lo menos un mundo paralelo en el cual todo lo imaginado por el joven *realmente existe*. Eso implica que cualquier ficción que podamos soñar, tiene su lugar en el infinitamente vasto Multiverso. En efecto, de acuerdo a las matemáticas, la idea de que exista un universo paralelo con un Stephen Hawking totalmente paralizado y restringido a una silla de ruedas, es en sí misma un hecho. Inclusive, en alguna de esas realidades paralelas, la Tierra ha sido diezmada completamente por eventos de magnitudes cataclísmicas, mientras que en otras, simplemente la vida sigue su curso, inalterada —determinó el científico. Al instante, una avalancha de preguntas y cuestionamientos cayó sobre el animado, sano y vigoroso hombre.

Capítulo II

La alegría de ver y entender, es el más perfecto don de la naturaleza.

Albert Einstein

Chicxulub puerto
Yucatán, México
4 de febrero, 2012. 8:05 A.M.

Afuera de su casa, don Valerio, ya lo esperaba. Bajito, muy bajito: esa fue la primera impresión que tuvo Eliseo de él. Al descender del vehículo, el recién llegado levantó una mano para saludar. No sabía si hablar en español, quizás tendría que utilizar su escaso maya para dirigirse al pequeño hombre. Ciertamente estaba muy nervioso; de lograr obtener el apoyo del curandero indígena, avanzaría muy rápido en su investigación.

—Señor, buenos días. Disculpe que lo interrumpa en su quehacer. Vengo desde Mérida, y deseo saber si usted es la persona del pueblo que conoce del uso de las plantas para sanar —dijo Eliseo. Había ensayado mucho esas simples palabras. El curandero con voz firme, respondió en castellano:

—Sí señor, efectivamente, yo soy quien cura con plantas. ¿Dígame cómo le puedo ayudar? —indicó el anciano, y mientras hablaba, hizo una ligera inclinación hacia adelante, moviendo ambas manos, como si tejiera sutiles hilos de aire.

—Soy el doctor Eliseo Alyassa —explicó el hombre—. Soy científico y trabajo para la universidad estudiando las propiedades medicinales de las plantas. Quisiera pedirle me permita conocer la forma en cómo usted cura a las personas —luego, para enfatizar sus palabras, agregó:— Para mí

sería muy importante su apoyo y debo decirle además que usted es muy famoso, pues me lo han recomendado varios antropólogos de la capital.

De acuerdo a la información recabada por Eliseo, el anciano indígena tenía dos funciones primordiales en la comunidad: por un lado, era un *J'men*, un profeta, un adivino, capaz de tratar los aspectos espirituales y religiosos por medio de rituales en los que recibía indicaciones, apoyo y protección de sus dioses; además era un *DzacYah*, un curandero, pues su habilidad de interpretar los rasgos somáticos de una enfermedad mediante la plática con el paciente y en ocasiones la auscultación, le permitían establecer, a partir del diagnóstico obtenido, la terapéutica necesaria.

—En realidad las plantas, las piedras, el mundo entero se dejan usar para curar a las personas —dijo don Valerio. Luego, haciendo silencio por unos segundos, miró a Eliseo de tal modo, que parecía como si éste fuera un recuerdo entrañable y, amablemente, lo invitó a traspasar la portilla del cerco de piedras.

—Venga joven, entre, aquí dentro podremos hablar mejor.

Don Valerio llamó a su mujer, y le dijo:

—Tráele a este muchacho un vaso de agua de chaya.

Eliseo, sediento, bebió casi de inmediato el refresco. En seguida, don Valerio le ofreció pasar al interior de la vivienda —una choza de techo de palma— para lo cual Eliseo tuvo que inclinarse, pues el umbral de la puerta le llegaba casi a la altura de los ojos. Eliseo, con su estatura, destacaba mucho sobre el promedio de talla de los mayas. Dentro pudo ver mejor la forma de la rústica casa: era ovalada y su interior, con una única habitación, tenía dos frescas hamacas colgando de la pared hasta un pilar central de madera. El humilde hogar carecía de ventanas y sólo había

dos puertas, una adelante y otra atrás. El suelo era de tierra apisonada y tenían muy pocos muebles.

Don Valerio miraba inquisitivamente al científico. Luego, el pequeño hombre se sentó en una de las hamacas y con una gran sonrisa dijo: "Ya te esperaba". Eso provocó una profunda extrañeza en Eliseo. El indígena añadió: "Te esperaba desde hace meses". Su español era sencillo, natural. No obligaba a Eliseo a utilizar su muy escaso vocabulario en lengua maya.

Media hora después, cuando Eliseo charlaba sosegadamente con el chamán, pensó: "Él dijo tener varios meses aguardándome... entonces, quizás alguno de mis compañeros de la universidad pasó antes por aquí, y posiblemente le habrá comentado sobre mi búsqueda de un auténtico curandero maya... sí, seguro fue eso." Pero en realidad, varias semanas después comprendió por que le resultó tan fácil ganarse la confianza de don Valerio.

CAPÍTULO III

Si una idea no es absurda al principio, entonces no merece la pena.

Albert Einstein

Chicxulub puerto
Yucatán, México
2 de marzo, 2012. 5:10 P.M.

Los insectos revoloteaban alrededor del bombillo y Eliseo, con una mano, buscaba en el bolsillo con ansiedad el medicamento. Una profunda angustia lo atrapó, como si cuatro flejes de hierro apretaran su torso. "Sólo aire que se respira a sí mismo en agua que se ahoga en sí misma", pensó al no encontraba el inhalador para el asma. Había pasado la tarde charlando con don Valerio, escuchando sus enseñanzas sobre el uso del *sastún*. Cuando don Valerio tenía catorce años, encontró en las inmediaciones de las ruinas de Dzibilchaltún, una pequeña piedra de color lechoso, cristalina y esférica, a la cual —los mayas— llaman *sastún*. De acuerdo a su mitología, este tipo de piedra posee propiedades mágicas. Don Valerio le explicaba cómo debía golpearla contra el borde de un plato, para generar un tañido agudo y sostenido. Esa era una de las formas por él utilizadas para entrar en contacto con fuerzas espirituales, a las que él llamaba los vientos.

Don Valerio, mirando cómo rebuscaba Eliseo en su bolsillo, le pregunto: "¿buscas esa cosa que te echas en la boca?". Don Valerio se rió, mirando en complicidad a su sobrina Rosita.

—Si no la puedes encontrar, es por seguro que fueron los *aluxo'ob*. Ellos se llevaron tu medicina —los aluxo'ob son los duendes del mundo maya: gente minúscula, vestidos a la antigua usanza maya y con una altura apenas a la rodilla de una persona normal. Invisibles la mayoría del tiempo, eventualmente pueden asumir forma física para comunicarse con los humanos.

Los aluxo'ob son conocidos por ser muy traviesos, ocultando y hurtando siempre las cosas, las cuales a veces nunca retornan y en otras, son regresadas inesperadamente. Don Valerio, como chamán —o J'men, como prefería él mismo referirse en su propia lengua—, poseía una estrecha relación con estas supuestas entidades.

Eliseo, extrañado por lo que decía don Valerio, preguntó:

—¿Porqué los aluxo'ob quieren quitarme mi inhalador?

—¿Realmente quieres saberlo?

—Sí, pues lo necesito.

—No es por eso, en realidad no lo necesitas. Toma, esto te aliviará —luego se levantó, cogiendo de una repisa un frasco cerrado. El recipiente, sellado con cera, contenía un líquido oscuro y viscoso. Le entregó el recipiente a Eliseo, y dijo—. Es un brebaje especial. Te lo preparé hace días, esperaba dártelo: es un remedio de miel con tabaco y cebollas moradas.

Eliseo abrió el recipiente y un intenso olor llenó la casita. Metió un dedo y chupó un poco de esa melaza. Su sabor era espantoso, pero al momento su respiración se normalizó.

—¿Ves? No lo necesitabas en realidad. Pero sin embargo continúa la pregunta: ¿realmente quieres saber porqué se llevaron tu inhalador?

—Sí.

—Fue únicamente para llamar tu atención. Ellos querían hacerse notar ante ti, que supieras de su existencia. Pero, ¿podrías tú llegar a creer que existen?

—No entiendo don Valerio.

—Es simple: ¿Si ante ti se manifestara lo inconcebible, podrías abrir tu espíritu? ¿y si yo te mostrara lo verdadero? ¿podrías estar más allá del conocimiento de la desnudez del mundo, más allá del conocimiento de lo real, en la región más allá de lo entendible?

—Don Valerio, sigo sin comprender.

—Tú estás aquí, no como resultado de tu propia decisión. En realidad has sido traído por algo más grande que tú y yo juntos. Tu cabecita tendrá que decidir si acepta lo que voy a decirte o lo rechaza.

—¿Y de qué desea hablarme? —replicó con recelo.

—De una profecía, la más importante que ha sido vaticinada por mi pueblo —dijo de manera enigmática el anciano—; pero no puedo explicarte mucho de eso si no eres uno de los nuestros —agregó, enfatizando más sus misteriosas palabras—. Tú has venido aquí, pidiendo estudiar mis métodos para retornarle la salud a la gente; durante un mes, día a día has venido, te he mostrado cada una de las plantas curativas y cómo utilizarlas. Me has pedido algunas, y te las he dado, pero esa no es la verdadera razón por la cual te encuentras aquí: A ti te han traído los vientos, te han acercado a esta casa, y ellos me ha pedido te muestre la verdad de las cosas. Sí, ya sé que me prestas atención pues eres un hombre correcto, bien educado; pero en realidad te pido me escuches con todo tu ser.

—Don Valerio, le pido disculpas si de algún modo le he hecho creer que no tomo a la ligera su sabiduría. Lo

respeto mucho a usted y valoro enormemente su amistad —Eliseo comenzaba a sentirse inquieto.

—¡Muchacho! No te disculpes, eso es innecesario. Tú no eres maya y muchas de nuestras creencias te pueden parecer completamente absurdas: sólo supersticiones de gente pobre e ignorante —Don Valerio se levantó y tranquilamente, bebió un vaso de agua. Luego se dirigió ante un pequeño altar, revisó que todas las veladoras estuvieran encendidas, y miró a Eliseo, diciéndole:— Tú, sin embargo, eres un hombre con estudios, un científico. No te puedes permitir creen en lo indemostrable, en lo imaginario. Pero te lo diré una vez más: tú estás aquí por una razón muy importante, la cual comprenderás únicamente si dejaras de comportarte como un hombre de ciencia y actuaras como un aprendiz de J'men.

—Don Valerio, no es mi intención ser un J'men —Eliseo necesitaba defender su posición como investigador, cuidando los objetivos de su estudio—. Mi labor es analizar los principios farmacológicos de la flora de la región. No soy antropólogo, y por ello no me interesan los elementos ritualísticos o lingüísticos de su trabajo como J'men —replicó con firmeza—. Don Valerio, no se ofenda, pero si usted lo que busca es obtener un pago por su colaboración, es muy natural que me lo pida. Con mucho gusto cubriré lo que usted pida... claro, mientras esté dentro de los alcances que me permite mi beca de investigación —de esa manera, Eliseo esperaba convencer al anciano. Y en realidad, no le extrañaba la actitud de don Valerio; seguramente, por medio de ese subterfugio, él intentaba obtener un beneficio económico. Eliseo podía sufragar una modesta pero adecuada cantidad de dinero como pago para el hombre. De ese modo podría sostener la relación con don Valerio

el tiempo suficiente, para obtener de él al menos varias docenas de plantas, y así intentar obtener en el laboratorio algunas substancias con potencial farmacéutico.

—No, no es dinero. Yo pido otra cosa de ti —indicó el J'men.

—¿No quiere dinero? ¿Y qué desea entonces, don Valerio? —replicó Eliseo, confundido.

—Ya te lo dije: únicamente que seas mi aprendiz.

BETA: (He_2)

Cerca del monasterio de Tupäsy María, en Paraguay, durante una noche tormentosa, Daniel Martinessi despertó abruptamente por unos terribles golpes en la puerta de su casa. Al abrir, se abalanzó sobre él un bulto oscuro, empapado por la lluvia. La extraña aparición derrumbó todo, musitó palabras en un idioma incomprensible, lo tomó por los hombros y luego desapareció. Daniel, asustado, salió corriendo al convento y contó lo sucedido. Varios monjes de la orden de San Benito, llegaron a su casa para acompañarlo y darle calma, quedándose a rezar con él hasta el amanecer.

Otra noche, un viento helado lo hizo despertar: a los pies de la cama, mirándolo, estaba la misma figura, susurrándole algo casi inaudible. Luego resplandeció con un brillo intenso y blanco, haciendo que las paredes de la casa parecieran arder. Entre destellos como bolas de luz y fuegos fatuos, se extinguió la aparición, llevándose consigo al desconcertado hombre.

Tercer hallazgo

Cuando los misterios son muy astutos, se esconden en la luz.

Jean Giono, escritor francés.

—¿...estarás entonces de acuerdo conmigo, en que la intuición puede guiar a una persona a tomar decisiones de forma más efectiva que el razonamiento consciente? —preguntaba animosamente Mathias Pessiglione, a su colega Anne-Hélène Clair. Habían salido de un pequeño restaurante cercano, decidiendo continuar su plática en la calle—. Un individuo es capaz de captar señales subliminales asociadas habitualmente con ciertas situaciones y consecuencias, y aprender de forma subconsciente de dichas señales. En un juego de póquer, por ejemplo, podemos mejorar nuestro juego al aprender a asociar la recompensa monetaria con las señales subliminales emitidas por nuestros oponentes —decía, mirando de soslayo a Anne-Hélène. Ambos, investigadores de la Universidad Pierre y Marie Curie, caminaban lentamente por aquella calle de París. Esa mañana en particular, la *Rue des Ècoles* lucía solitaria, vacía de los habituales estudiantes.

—El aprendizaje subliminal —continuó él—, se había asociado normalmente con el cuerpo estriado del cerebro, pues este codifica la información relacionada con la recompensa —Mathias hizo una pausa e intentó calmarse. Durante toda la mañana había manifestado un peculiar estado de ansiedad. Un leve temblor se observaba en sus manos. Del abrigo sacó un cigarrillo y con un poco de dificultad, logró encenderlo. Aparentemente el fumarlo le otorgó algo de

tranquilidad y pudo continuar—. Esto me lleva justamente al asunto que he querido abordar desde hace horas: desarrollé la idea de que no es posible acceder de forma consciente a los procesos asociados con el aprendizaje en esa zona del cerebro, sin embargo, *éstos sí influyen directamente en nuestras decisiones*... —Mathias de pronto, interrumpió su exposición al pasar frente al hotel Minerve—. ¿Te he comentado ya, que alguna vez estuvo hospedado aquí Scott Fitzgerald? Amo su novela Suave es la noche —dijo distraídamente.

La chica respondió oblicuamente: —Lo mencionas todo el tiempo, justamente cuando pasamos por este lugar —en ese instante, ella se viró hacia él y dijo, tomándolo de un brazo—. ¡Vamos, hombre! ¿De qué diablos quieres hablar en realidad? Llevamos horas en este inacabable circunloquio

De mala gana, Mathias se encogió de hombros y asintió. Arrojó el cigarrillo a medio fumar y retomando la caminata, comenzó a explicarle.

—Pues bien, te invité a desayunar para discutir sobre mi trabajo. Sabes que hoy expondré los resultados de mi investigación a los neurobiólogos del grupo hospitalario Pitié-Salpêtrière. Tú eres la única que puede seguir mi tren de pensamiento y hacerme a la vez críticas inteligentes. De tal modo, necesito conocer tu opinión sobre un excitante descubrimiento que hemos realizado.

Mathias le habló de cómo él y su equipo, realizaron una serie de estudios durante tres años. Valiéndose del enmascaramiento perceptual, los modelos informáticos y la resonancia magnética funcional, estudiaron a sujetos sometidos a pruebas de condicionamiento subliminal. Durante el proceso, fortuitamente descubrieron ciertos circuitos cerebrales de células espejo, asociados con la intuición y la empatía en los humanos. Al enfocar su traba-

jo en esos neurocircuitos, Mathias atestiguó una serie de transformaciones vertiginosas e inusitadas en el tejido cerebral de varios de los sujetos de estudio. Luego de descartar a todas las enfermedades infecciosas, como posibles causas de los cambios en los neurocircuitos, se encontró —para su sorpresa— con un número cada vez mayor de personas que manifestaban esa misma transformación en sus estructuras neurales. Era un evento biológico nunca antes visto: sujetos en el laboratorio presentaban un hiper-desarrollo de áreas altamente especializadas del cerebro, llevándose a cabo esa transformación de forma aparentemente espontánea, y comenzando a extenderse por medios imprecisos al resto de la población. De tal modo, las más conservadoras proyecciones informáticas, vaticinaban un incremento lento, pero constante en el número de individuos portadores de esas nuevas neuroconfiguraciones. Las personas así afectadas, experimentaban una mayor vinculación empática con el resto de la gente, y una capacidad intuitiva mucho mayor de la media.

—Dudo mucho que te tomen a bien —observó ella, pensativa. Había escuchado atenta la descripción del hallazgo y comenzaba a entender el panorama general. Su oscuro rostro de mulata se puso serio—. Mathias, te encuentras en un terreno totalmente desconocido. Pueden atacarte con fiereza y buscar la forma de derrumbar todo tu trabajo, como si de un castillo de naipes se tratara.

—Lo sé, pero los convocaré a la razón, los invitaré a la consideración objetiva y propondré la fiel comprobación de mis experimentos. Todos nuestros datos, las bitácoras, los resultados, todo será compartido —exclamó de pronto, con certeza—, y cualquier laboratorio del mundo llegará invariablemente a la misma conclusión.

—Pero Mathias, ¿te das cuenta de la importancia de tu descubrimiento? —dijo ella con una expresión compleja, abrumada.

—Definitivamente, algo extraordinario está sucediendo en el cerebro de los humanos —dijo Mathias sin mirar hacia la chica, metiendo nuevamente las manos en los bolsillos de su abrigo—. Luego de exhaustivos análisis, hemos descartado los factores mutagénicos, priónicos y parasitarios. Es un proceso totalmente inusual en el desarrollo neural, y no comprendemos si es producto de la enorme cantidad de estímulos audiovisuales a los que nos vemos expuestos cotidianamente; o quizás sean los compuestos agroquímicos utilizados para la obtención de los alimentos; tal vez sea la ubicua presencia de las tecnologías electrónicas y las radiaciones que emiten. No lo sé, Anne-Hélène ¿O podía ser, acaso, el extenso uso de fármacos, o el calentamiento global, o inclusive el agujero en la capa de ozono?

—Cualquier cosa podría ser el origen de esa variación en nuestros cerebros —respondió ella, contemplándolo con una mezcla de asombro y respeto; sus grandes y oscuros ojos brillaban por la emoción—. Y aunque lo supiéramos, lo más importante será comprender las implicaciones de esa transformación.

—En efecto, nos debemos preguntar ¿Le ocurre a todos, o sólo a algunos? —preguntó Mathias, confundido—. Y en ese caso ¿a quienes en lo particular? ¿Es un proceso común, del cual aún no sabíamos nada?

—Mathias, creo que no debemos eludir este factor: posiblemente el crecimiento de estos neurocircuitos sea resultante de una especie de adaptación natural. Quizás nuestros cerebros están provistos de un mecanismo que

nos permite adaptarnos ante nuevas circunstancias, y para eso debemos desarrollar otras capacidades.

—No he olvidado ese factor. Y sí, pienso mucho en eso, querida Anne-Hélène; de ser así, si esa transformación neurológica es *un proceso de adaptación*, entonces me pregunto, ¿cuáles serán esas nuevas circunstancias ante las que debemos adecuarnos para sobrevivir? —dijo Mathias, sentándose con varios movimientos torpes en una banca. Luego sacó otro cigarrillo, lo encendió y se quedó mirando fijamente, reflexionando.

Capítulo IV

En la realidad no hay fronteras.

Ken Wilber, escritor norteamericano

Autopista Puerto Progreso-Mérida
Yucatán, México
2 de marzo, 2012. 8:46 P.M.

Eliseo conducía pensativo, pues se sentía incómodo por la condición impuesta por el anciano: no le agradaba la idea de ser identificado por sus colegas como "el discípulo de un brujo maya". Si accediera, en la universidad harían burla de él. "No me puedo permitir eso: tengo una reputación que cuidar —se dijo—. Los lingüistas y la gente del departamento de antropología, siempre buscan la oportunidad para ser aprendices de algún chamán, pero yo sólo busco conocer las plantas de su medicina tradicional".

Eliseo reflexionó, transitando por la autopista solitaria: "No creo en esas tonterías de *aluxo'ob* y *espíritus*; son sólo mitos del pueblo mayas".

Faltaba diez kilómetros para llegar a la ciudad, cuando uno de los neumáticos estalló violentamente, arrojando tiras de caucho sintético y malla de acero. "¡Mierda!", exclamó y con una maniobra hábil, retuvo el control del vehículo, frenando cuidadosamente. Al buscar un sitio para apearse de la autopista, vio un letrero que decía "Dzidzilché", al lado de un angosto camino lateral de terracería. "Tendré que parar ahí". Al descender del vehículo, revisó el daño; los restos negros e irreconocibles de la goma mostraban signos de un incomprensible deterioro, como si hubiera

estado sometida a un desgaste intenso por años. "¡Joder, esto es imposible!", masculló. Apresuradamente, sacó del compartimiento el gato hidráulico y las herramientas, pero al coger el neumático de repuesto notó que estaba totalmente desinflado. "¿Qué está pasando... quién me ha hecho esto?". Vertiginosamente pensó en cuanto tiempo estuvo el vehículo aparcado fuera de con don Valerio, preguntándose si alguien, en algún instante, pudiera haber tenido la oportunidad de sabotearle. Imposible: si alguien hubiera intentado abrirlo, la alarma habría sonado ruidosamente. "Nada, nada, que sólo es una racha de mala suerte —pensó, tratando de calmarse—. Llamaré a un mecánico y en media hora llegará para auxiliarme". Tomó el teléfono celular y al intentar obtener tono para marcar, se percató de la falta de señal. "¿Pero cómo? ¡Esto debe de ser una broma!". La carretera de alta velocidad estaba vacía, cosa inusual, pues era común ver a una gran cantidad de jóvenes de la ciudad acudiendo a los bares de los cercanos a la costa: a esa hora debería de haber tráfico. Un viento cálido y húmedo le trajo saturados olores desde la oscura maraña de vegetación.

—Sólo me queda ir por ese camino vecinal hasta el pueblo —se dijo—, ¿pero cuán lejos estará?

Consultó el GPS del vehículo, más el dispositivo no proveyó ninguna información: algo parecía impedir la recepción de cualquier radio—señal. "Quizás sea una tormenta solar" —reflexionó. En ese instante, notó de soslayo un tenue destello en dirección a Dzidzilché. El brillo de luz trémula y ambarina, apenas si destacaba entre la densa jungla. "Allá hay alguien. Quizás me pueda ayudar". A su izquierda la vacía autopista, a la derecha el camino iluminado por las farolas del vehículo. En alguna parte de la oscuridad que más allá se alzaba, se encontraba un pequeño

poblado en el que quizás, podría encontrar ayuda. Rebuscó en la guantera por la linterna, la cogió y dijo: “¡Ah, con qué aquí estaba el inhalador!”. Tomó el par de objetos, luego cerró el vehículo. Encendiendo la lámpara de mano, comenzó a avanzar por la vía sin pavimentar, rodeado por la oscura jungla. Lo desconocido le generaba una potente emoción, motivándolo hacia adelante.

El camino era apenas transitable, casi una senda de piedras desnudas, cubierta en lo alto por una cúpula cerrada de ramajes y flanqueada por una impenetrable espesura de ramas y espinas. El monte sonaba a vida, a incesante actividad de faunas ocultas.

La luna tocaba la copa de los árboles, tejiéndose su claridad en hebras inquietas entre nubes de mosquitos. Cien, trescientos, mil metros y Eliseo no encontraba aún ningún pueblo, ni una casa. Continuó caminando hacia el pálido destello amarillento, sin alcanzarlo. Avanzó con mucho cuidado hasta detenerse en donde el camino adquiría una desviación hacia la izquierda. El envoltorio oleoso de la noche transpiraba sobre él un aire velado, protegiendo las lejanías. Ahí escuchó algo, un murmullo extraño, indefinible, en todo ajeno a lo habitual en la selva. Se oía similar al agua vaciándose de una jarra a otra. Eliseo notó con un vistazo fugaz sobre el hombro, algo moviéndose detrás de él. Oyó sonidos, pequeños y perturbadores de todas partes en derredor: el lejano crujir de los matojos cediendo el paso a algún cuerpo grande e insospechable; débiles bufidos y gruñidos; un grito de bajo tono, ultraterrestre y percutiente, que provenía de algún punto indeterminado, posiblemente de muy cerca.

Sobre los árboles, ninguna ráfaga de viento despejaba el horizonte de mosquitos. Temeroso, miró al salvaje entor-

no. "No hay nadie", pensó, pero la inquietud comenzó a revolcarse en su interior. Desde el fondo de su humedad fértil, la espesura de la noche lo rodeaba completamente, obligándolo a sostener el aliento. Súbitamente, un pesado silencio cubrió el monte: el rumor de insectos y animales cesó, quizás por sigilo y ocultación. Eliseo, ante un oscuro presentimiento, se plantó con firmeza, como si se preparara para el embate de algo salvaje. De pronto, algo que emitía un fuerte ruido, semejante a un enjambre de abejas enfurecidas, comenzó a acercarse, y ante él apareció un cúmulo blanquecino, una forma semejante a una silueta humana pero de vaporosa consistencia. La figura fragmentaria, torcida y encogida de un hombre, se movía como buscando apoyo físico. Parecía alguien con las líneas de su cuerpo distorsionadas e inmersas en un campo de energía radiante.

—¿Pero qué demonios es eso? —exclamó Eliseo ante el misterioso hombre-cosa. El espectro, como una imponente presencia observadora, estaba agazapado, listo para atacar. Eliseo reaccionó, corriendo sobre raíces y polvo, retornando hasta donde su vehículo. Miró hacia atrás, pálido y rígido, con los puños hundidos en el vientre. La entidad comenzó a seguirlo, arrojando delgados haces de luz ambarina. Eliseo, agitado por la emoción, comenzó a sofocarse: la humedad se condensaba en sus pulmones, punzados de dolor. Sacó del bolsillo el inhalador, aplicándose la nebulización en la boca, aspirando profundo el medicamento. El vértigo del oxígeno ingresando raudo al cuerpo, lo embriagó brevemente, ganando el aliento necesario para continuar corriendo, abandonando tras de sí el vehículo, alejándose de aquél ser y de esa jungla en la que flotaba el acre olor de lo desconocido.

Capítulo V

Digamos que sobre nosotros hay una supermente que nos utiliza como el alfarero utiliza su rueda. Y vuestra raza es la arcilla modelada por esa rueda. Creemos —aunque es sólo una teoría— que la supermente trata de crecer, de extender sus poderes y su conciencia a todo el universo. Es hoy la suma de muchas razas, y ya ha dejado atrás la tiranía de la materia. Advierte en seguida la presencia de seres inteligentes. Cuando supo que estabais casi preparados, nos envió a ejecutar esta orden, a disponeros para las transformaciones cercanas.

Karellen, líder de los Overlords, El fin de la infancia

Carretera Mérida-Puerto Progreso
Yucatán, México
24 de marzo, 2012. 8:25 AM.

Oscura, corroída por el agua, aquí y allí descarnada hasta el herrumbroso esqueleto, estaba una barcaza, varada quién sabe desde cuándo, en el bajo fondo de la laguna junto al puente de entrada a Puerto Progreso. El perforado casco, depositado casi a ras de tierra y sobre un mínimo de agua, mostraba la fuerza de pasados huracanes.

"Eso ha sido arrojado ahí hasta el olvido", reflexionó Eliseo, mirando la derruida embarcación en ese lugar tierra adentro, a un par de kilómetros del mar. El viejo bote yacía al lado de una barra verde y negra que sobresalía de la laguna. En la barra había un cartel indicando, con flechas, las correspondientes direcciones: "Chuburná - Puerto Progreso - Chicxulub Puerto". Un poco más adelante, en el

manglar se posó una gaviota, quieta contra la inmensa y vacía claridad azul.

Unas semanas antes, Eliseo había rechazado la petición de don Valerio, y pocas horas después había experimentado un encuentro directo con lo desconocido. Durante los pasados días, absorto en su laboratorio, Eliseo había meditado con detenimiento todo lo sucedido.

“Definitivamente, algo que no logro comprender, ocurrió en ese camino. Pero de algún modo haré que don Valerio me lo explique”, se dijo Eliseo.

Esa mañana se dirigía con rumbo al Chicxulub Puerto, con la firme intención de encarar al anciano.

Al llegar a la casa de don Valerio, el J'men simplemente lo recibió con gusto. Rosita, su sobrina, sirviéndoles un vaso de agua de chaya, solo dijo “hola” y se retiró a realizar sus faenas. Eliseo, con actitud serena, tomó asiento frente a don Valerio y comenzaron a charlar.

—Pues bien, hablemos de cómo te ha ido en estos días. Por aquí te extrañamos, pues dejaste de venir, así, de pronto y sin aviso. ¿Acaso ocurrió algo? —el viejo entrecerró los ojos, en un gesto infantilmente malicioso.

—O sí, de hecho han ocurrido muchas cosas excitantes —respondió Eliseo. Para él era evidente que la insólita experiencia en la selva, había sido propiciada de alguna intrincada manera por don Valerio. Eliseo sospechó haber ingerido inadvertidamente, mezclado quizás con el remedio para el asma, algún enteógeno con propiedades psicotrópicas; era bien conocido el uso entre los J'men mayas, de preparados de sustancias vegetales con la capacidad de provocar estados modificados de conciencia; además, entre las plantas del pequeño jardín frente a la choza de don Valerio, Eliseo logró reconocer algunos cactus de la especie Echi-

nopsis pachanoi, ricos en mezcalina. Ante esa posibilidad de haber sido drogado furtivamente, se sometió a un análisis de sangre en búsqueda de alucinógenos: los resultados fueron negativos, por lo cual tuvo que descartar esa idea; respecto a la oscura melaza para el asma, también la examinó, encontrándola libre de psicotrópicos. Después determinaría el por qué de sus propiedades bronco-dilatadoras.

—¿Sí? ¿Háblame de eso? —pidió el anciano con curiosidad.

—Hemos descubierto unas substancias muy interesantes en una de las plantas que usted usa. En la hierba por usted nombrada *xicin zodz*, encontramos algo aparentemente útil para tratar el cáncer. No recuerdo si le he hablado de nuestro convenio de colaboración con el Instituto Vasco de Investigación y Desarrollo Agrario —explicaba Eliseo con entusiasmo. Don Valerio adoptó una actitud de aparente interés. Eliseo, al percatarse de eso, acentuó su énfasis en ese tema, pues además de muy relevante, en realidad no deseaba charlar sobre la insólita vivencia en la jungla—. Pues hemos comenzado el proceso de identificación, aislamiento y caracterización de ciertas substancias presentes en el látex de esa planta. Me interesó en particular hacerlo, pues ya que usted la aplica con mucho éxito para tratar a enfermos cancerosos, decidí comprender su efectividad contra ese padecimiento. De tal modo, luego de extensos estudios, hemos encontrado en la resina, unos compuestos que aparentemente poseen efectos antitumorales —Eliseo, consciente de que sus palabras serían un molesto galimatías para el viejo, continuó. De algún modo, le cobraría a don Valerio la broma de las extrañas luces en la selva. Afuera de la casa, doña Josefina, la mujer de don Valerio, colocaba más leña en el fogón. Del pozo, una de sus sobrinas más pequeñas sacaba agua para coci-

nar. El aroma del café se alzó desde la olla: Josefina preparaba el desayuno.

Mientras comían, Eliseo continúo utilizando términos sumamente técnicos y enigmáticos como “cinética de Michaelis-Menten”, “teratogenicidad”, “vida media de eliminación”, “filtrado glomerular” o “citocromo P450”. Don Valerio escuchaba con benevolente silencio.

Eliseo prosiguió con una profusa descripción de métodos farmacéuticos. Don Valerio, con un gesto determinado, se levantó, tomando un puñado de hojas y flores, poniéndolas en una olla con agua y agregando un poco de menta. Coció la tizana y la dejó reposar. Eliseo dejó de hablar y miró al viejo maya en silencio.

—Bébelo —ordenó don Valerio poniendo la taza de té en la mesa. Sus ojos tenían una fuerza peculiar—. Es necesario aquietar un poco tus pensamientos; entiéndeme; me alegra todo lo que dices, pero te necesito sereno en este momento, concentrado en mis palabras.

—¡Pero si estoy bien! —Eliseo rechazó con recelo la bebida.

—En cierto modo sí están bien, pero no de la forma correcta —insistió el anciano, acercándole el té.

Eliseo sorbió calladamente el brebaje. Don Valerio, luego de unos minutos, le pidió lo acompañara afuera de la casa. “Siéntate bajo ese árbol”, indicó el anciano. Eliseo sintió poco a poco una serenidad profunda, relajándose: la baraúnda de sus emociones fue desapareciendo. Ahora todo estaba en su justo lugar, con la precisa proporción. Con tibieza, el líquido alejaba el monzón de ideas sobresaltadas, abriendo la calma objetiva.

Entonces, don Valerio le habló del mundo maya, el pasado y el porvenir:

—Hijo, me alegran mucho los resultados de tu trabajo, pero esa no es justamente la razón por la cual estamos tú y yo aquí. Escúchame: todo está vivo, todo tiene espíritu. Además de las plantas y animales, lo tienen las piedras, el aire, el fuego, la casa, todo. Tú has decidido venir a mí para escuchar mis palabras, pero no has querido escuchar al espíritu. Buscas dentro de las plantas las medicinas para el mundo, y eso es bueno, pero te repito: no estás aquí sólo por eso. Te rehúsas a ser mi discípulo, pero sin embargo el espíritu ha decido hablarte. Escúchame muy atento. Por esto estás aquí.

Don Valerio comenzó a explicarle sobre una profunda creencia de su pueblo. Ellos aceptaban la existencia de poderosos seres espirituales, capaces de prodigar su cuidado a la gente y a la naturaleza. Uno de ellos es el Me'etan K'aax, o señor del monte, capaz de adoptar diversas formas para manifestarse. Don Valerio, yendo de lo oculto a lo umbroso, habló de mitos y, por lo mismo, puso ante Eliseo una verdad que le era ignorada. El anciano le narró una historia de cuando él fue pequeño: una mañana, cuando don Valerio tenía ocho años de edad, se internó sin ninguna razón en la selva. En pocos minutos comprendió que estaba extraviado. Al intentar retornar al poblado, vio algo sumamente extraño entre dos enormes ceibas: un insólito cúmulo blanquecino con forma vagamente parecida a la de una persona, giraba ante él a modo de un pequeño torbellino. El objeto, semejante a una nube de polvo, parecía estar esperando al niño dentro de la jungla y él, al ver cómo comenzó a acercársele esa cosa, corrió hasta encontrar un sendero conocido. El niño buscó a su padre, encontrándolo en la pequeña parcela de maíz. Le contó lo sucedido y con calma, su padre le dijo “el señor del monte te ha escogi-

do. Ahora debes estar atento a su llamado". Pasaron los días y la misteriosa silueta parecía perseguir al niño, saliéndole al paso en cualquier recodo del camino. El ente mostraba una inteligencia ajena a esta realidad, como si hubiera salido de algún oscuro foso de la imaginación.

Eliseo escuchaba con una mezcla de fascinación e incomprensión. Oír hablar a don Valerio sobre esa cosa como el "señor del monte", le provocaba emociones encontradas. En un momento dado decidió decir algo, pero guardó silencio.

Don Valerio continuó detallando su experiencia. Pocas semanas después de su primer encuentro con el Me'etan K'aax, se encontraba él jugando con otros niños en la orilla del mar. Sin razón aparente, el oleaje cesó completamente su movimiento y hasta la brisa se detuvo. "El mar era un limpio espejo con silencio encima —dijo don Valerio—. De la nada, vimos como se formó un torbellino a lo lejos, como si hubiera bajado del cielo, brotando de una nube. El torbellino era rojo como el fuego, y avanzó hacia la playa", agregó el anciano. Su mirada estaba dirigida hacia el pasado. "Ante nosotros, ese extraño vórtice de viento ardiente, suspendido en el aire, avanzaba entre el mar y la arena. Su parte inferior se movía de un lado a otro: parecía buscar algo y al hacerlo, arrojaba chispas, haciendo un sonido como el de un enjambre furioso. Todos nos quedamos tiesos, parados sin saber qué hacer o cómo gritar, mudos, a punto del desmayo y del vacío". En ese instante, don Valerio hizo una pausa, sonriendo cálidamente.

—Pero, ¿y qué más ocurrió? —preguntó Eliseo. El anciano había logrado atraer toda su atención.

—El tornado de fuego se colocó sobre mí, como reconociéndome, y de golpe me jaló hacia adentro, a su centro;

mientras todo se tornaba confuso, alcancé a ver por último el agua, abajo de mi. El mar seguía tranquilo, libre de cualquier estremecimiento; luego, llegó la oscuridad.

El J'men maya continuando con su historia, contó como al recobrar la conciencia, reconoció encontrarse ante los cuatro Bacabes, dioses de la mitología maya. Don Valerio explicó que cada una de esas deidades posee un color diferente: rojo, blanco, negro y amarillo, y su función es sostener —con las manos en alto— las cuatro esquinas del cielo. Para los mayas, esos dioses son sus protectores.

Además, don Valerio declaró que los Bacabes le enseñaron una gran cantidad de conjuros, plegarias y recetas médicas. No quiso hablar con detalles sobre cómo era ese sitio. El tiempo transcurrió para él de una manera imprecisable, pero su estancia ante sus dioses concluyó al ser retornado al mundo por el torbellino de fuego. "Moson chakjole'en, es así como lo llamamos en mi lengua. Tú, si deseas, sencillamente dile con respeto Remolino rojo", explicó el viejo.

—Para mí sólo fueron unas semanas, pero para el resto del mundo, fueron años —reveló don Valerio. Con una voz muy baja agregó: —El moson chakjole'en me dejó en la arena una madrugada, frente a un grupo de pescadores que se hacían a la mar. Los hombres sólo vieron un torbellino de llamas elevándose rápidamente, emitiendo un zumbido muy fuerte, como si giraran en el aire mil descargas eléctricas. Al acercarse ellos a mí, uno me reconoció, y en la penumbra del alba gritó a los demás "es Valerio, el hijo de Macario. Es el niño perdido desde hace mucho". En verdad, sí había pasado tiempo desde mi desaparición, cuatro años, y para mayor sorpresa de todos, yo no había experimentado en mi cuerpo el paso de todo ese largo lapso.

Seguía teniendo la misma apariencia del día en que me tomó el moson chakjole'en. Ante eso, nadie pudo explicar lo ocurrido.

GAMMA: ($Li_{2,1}$)

En la ventana cubierta por ramas de hiedras, el músico Hikari Ōe trató de mirar la senda frente a su casa; los insectos llenaban la noche caliente. Un sonido delicadísimo llegó hasta la habitación, acallando todo lo demás. Él levantó la cabeza al escuchar la nítida voz. Las enredaderas le impedían ver quien cantaba allá afuera. Al cabo de unos instantes cesó el canto. Los insectos y los ruidos de la noche primaveral volvieron a comenzar. En algún lugar de la península de Noto, en Japón, un músico autista se esfumó en el aire sin dejar rastro.

Cuarto hallazgo

El destino se abre sus rutas.

Virgilio, poeta romano.

—¡Es increíble...! —exclamó Myriam Breseida, dirigiendo su pequeña cámara de vídeo hacia el insólito evento. Ante ella, una larga nube multicolor avanzaba ondulante sobre el valle—¡Nunca había visto un comportamiento migratorio como este! —dijo, mientras centenares de miles de mariposas de diversas especies, volaban sobre el Parque Nacional Sierra de Bahoruco, asemejando en su multitudinario desplazamiento un río viviente cuya belleza cromática era definida por infinitos lepidópteros. Como bióloga, enviada por la Universidad Autónoma de República Dominicana, realizaba en ese lugar un estudio sobre los patrones de alimentación del *Solenodon paradoxus*, pequeño mamífero placentario mejor conocido como *almiquí*, considerado un fósil viviente y en riesgo de extinción. Durante toda la mañana, Myriam estuvo revisando varias cámaras de vigilancia. Las había ocultado estratégicamente durante la semana previa, esperando captar en vídeo a alguno de esos animales, pero para su sorpresa, ninguno de los dispositivos logró registrar su presencia. Eso comenzó a inquietarle. Su alarma fue mayor cuando hacia el mediodía, el resto de la fauna cesó de manera abrupta casi toda su actividad. “La causa probable podría ser un incremento de la tensión tectónica bajo el área”, pensó ella. Algo similar ya había ocurrido antes, justo en la víspera del gran sismo de Haití en 2010: “Fue inusitada, intensa, casi pesada la quietud; antes del temblor, imperó una terrible calma en el bosque”, habían declarado en ese año los guardias del parque.

"De algún modo —consideraron los científicos—, los animales en el área, pudieron percibir anticipadamente ese gran terremoto. Algunos especialistas suponen que las enormes tensiones tectónicas, generaron intensos campos electromagnéticos, alterándose así los delicados sentidos de orientación de la fauna".

Myriam recordaba muy bien ese hecho, y el sentido común la hizo asociar aquel pasado evento, con la calma observada durante toda la jornada y la portentosa migración que estaba ocurriendo ante ella.

—Ignoro la causa de esto, pero iré hacia donde he dejado el jeep. Por la radio, reportaré esto a los guardabosques. Después marcharé en dirección del avance de las mariposas. Espero todo salga bien, y de no ser así, dejo esta grabación como registro de lo ocurrido —declaró la bióloga mientras apuntaba la cámara hacia su rostro. El documento en vídeo, serviría luego como testimonio de lo ocurrido. Luego, con el GPS en mano, se encaminó hacia su vehículo.

Capítulo VI

A nuestro alrededor era como si el Universo estuviese conteniendo la respiración, esperando.

Todo en la vida puede dividirse en momentos de transición o en momentos de revelación. Este parecía ambas cosas.

G'Kar, embajador Narn, Babylon 5

Chicxulub Puerto
Yucatán, México
25 de marzo, 2012. 5:45 PM

En un solo deslumbrar se hizo el instante. Su relámpago les recorrió el rostro y Eliseo recibió la enseñanza del *rayo* y el *trueno*. Era de tarde en la tormenta, y fuera de la casa de don Valerio, ambos recibían la lluvia y los destellos. El J'men le mostraba la cristalina verdad de la vida, iniciándolo en los secretos mayas, aceptándolo como su aprendiz.

Gotas los visitaban en tropel, cayendo en pequeños grupos fulminantes. Una oscura tempestad ceñía el círculo del horizonte. En sus oídos, uno, dos, tres golpes de la creación del mundo resonaron como latidos de la sangre.

El corazón de Eliseo ignoraba algo: ese día le entregarían el fuego.

Al concluir Eliseo la visita del día anterior, don Valerio le había revelado una serie de eventos sumamente extraños. Al hablarle de divinidades mayas, le contó cómo fue llevado *a lo alto* por una especie de tornado ígneo. Ante eso, Eliseo preguntó secamente: "Pero si yo vi a esa cosa que usted llama *señor del monte*, manifestándose ante mí como una

bruma luminosa en medio de la selva nocturna, ¿quiere decir usted acaso, que también vendrá por mí el *torbellino rojo*?". En su rostro se formó un gesto de incrédula molestia. Por alguna razón, todo eso comenzaba a resultarle chocante.

—Así es. Créeme. El espíritu de las cosas te ha escogido: se te manifestó a través del *Me'etan K'aax*, y por medio del *moson chakjole'en*, desea llevarte ante los *Bacabes* —respondió el anciano con voz firme y precisa.

—Pues si usted cree que yo voy a acceder a ser su discípulo, únicamente por que los dos nos hemos encontrado con esa cosa brillante en la selva, está usted equivocado. No he venido hasta aquí por eso. Don Valerio, discúlpeme, pero en verdad necesito de usted, más no puedo acotarme a sus exigencias. Eso iría en contra de mis creencias.

—Puedo comprenderte, pero es importante aclararte algo: hijo, hasta hace apenas unos momentos, tú has aceptado haberte encontrado antes con el *Me'etan K'aax*. De tal modo, podríamos suponer que yo no estaba enterado de ello hasta ahora. Entonces, ¿cómo explicas que yo ya estaba enterado de eso? Yo sé bien que no crees en mis dioses, pero si reconoces mi conocimiento como sanador. Pues a partir de ahora te pido que aceptes mi capacidad para hablar con el espíritu. Él es quien me habló de tu llegada mucho antes de conocerte. Él me dijo del encuentro entre ustedes dos. Él me indicó te mostrara el camino verdadero determinado para ti.

Ante ese peculiar razonamiento, Eliseo reflexionó las palabras del anciano maya. En verdad, si a nadie le había confesado antes su vivencia con el espectro en la jungla, de tal modo, ¿cómo supo de eso don Valerio? Además, ¿en realidad tendría él algo que perder si, sencillamente, le seguía el juego al anciano? Quizás nada. Únicamente ten-

dría que dejar a un lado un poco de su arrogancia académica. Sólo eso y tendría libre acceso a infinidad de especies vegetales con alto potencial farmacéutico.

De tal modo accedió a ser iniciado como aprendiz de don Valerio.

Esa mañana, al llegar Eliseo para el ritual, encontró a don Valerio y a su sobrina Rosita, preparando un pequeño altar en la parte trasera de la vivienda. Un jarrón de plástico con flores, un plato con frijoles y ciruelas cocidas, cuatro veladoras y una imagen de la Virgen de Guadalupe estaban sobre el altar. Don Valerio, al ver a Eliseo entrar, le dijo "descálzate". Luego le ordenó se bebiera un vaso con agua, la cual le supo a Eliseo, ligeramente endulzada, con un tenue regusto a miel.

—Arrodíllate ante el altar y reza— indicó el chamán. Rosita pasó ante ellos, colocando con mucho cuidado sobre el altar, una jícara llena de un líquido blancuzco. Eliseo, mexicano de nacimiento pero de padres judío-libaneses, repitió las plegarias con respeto pero sin fervor.

—Es *balche´* —comentó ella por lo bajo—. Es una bebida sagrada que fermentamos de la corteza de un árbol especial —al decir eso, se retiró, para volver con un ofrenda de cuatro panes de maíz que también dispuso en el altar.

Luego de una hora de estar haciendo oración con ellos, Eliseo pudo notar como el cielo comenzó a cerrarse con nubes densas de lluvia.

Para cuando los nubarrones se situaron sobre ellos, un viento fuerte sacudía las altas copas de los árboles y las gallinas se habían ido a resguardar.

Entonces, don Valerio, con la mano fue extinguiendo el fuego en cada veladora. Cuando terminó con la última, hizo un rápido movimiento, como si arrojara algo hacia el

cielo. Y sin abrir los ojos, con el brazo en alto y los dedos separados, musitó unas palabras en maya:

Chuun kaán cháake´, in Yuumen

Ki´ichkelem Santo Kuuch muunyale´, in Yuumen Ki´ichkelem Santo Meek´táan muunyale´, in Yuumen

Ki´ichkelem Santo Ook´ostaj muunyale´, in Yuumen

(Cimiento del cielo de lluvia, Señor mío / Hermoso Santo cargador de nubes, Señor mío /

Hermoso Santo Gobernante de las nubes, Señor mío /

Hermoso Santo Danzador de nubes, Señor mío).

En ese instante un tremendo relámpago estalló muy cerca de ellos, y su luz trazó un surco en la sombra de las facciones de Eliseo. De la boca de la naturaleza salen las cosas; de la boca del hombre, las palabras. Entra palabras y cosas, la magia sucedió: don Valerio había convocado a los elementos sutiles habitantes del aire, a la nube, el viento y la electricidad.

La esencia de lo imposible obligó a Eliseo a mirar el mundo a su alrededor. Los dos mayas esbozaban una sonrisa, apenas sugerida en los pómulos morenos. El tiempo se movía como ondas de misterio, latiendo y dispersándose.

El cielo, nublado, alto, oscuro, ancho en círculo, se adueñaba de ellos ahí vestidos más con agua que con otra cosa. Y aún cuando con ropas, estaban desnudos como la lluvia.

Los separaban dos pasos y don Valerio los caminó, colocando en las manos de Eliseo la jícara con balche´. El licor se había mezclado con lluvia, hojas y polvo. Eliseo lo llevó a sus labios, bebiéndolo todo: un calor subió a su cabeza, silenciando la multitud de pensamientos, que como insectos se revolcaban en la profundidad de la mente.

La tormenta prosiguió hasta poco antes de terminar la ceremonia. Luego don Valerio se persignó y tomó con devoción la imagen de la Virgen. Para la sorpresa de Eliseo, no se había mojado el retrato, aún cuando apenas lo protegía un vidrio mal montado.

—Mañana ven temprano, en ayunas: ya estás listo para comenzar tu aprendizaje—ordenó don Valerio, mirando a Eliseo por un segundo.

Capítulo VII

Escucha con la cabeza, pero deja hablar al corazón.

Marguerite Yourcenar, novelista y poeta francesa

Chicxulub Puerto
Yucatán, México
1 de junio, 2012. 5:40 AM

Eliseo, queriendo ver como el mar renovaba sus aguas repetidas veces, contemplaba las muertes de la pleamar, reconociendo las luces lanzadas por las estrellas cuando aún era un simple mortal perdido en los senderos de la vida. Esa mañana, ante él, un largo océano paría en rojo, brotando el resplandor como el vaho levantado por el siroco. Cangrejos azules y rojos corrían húmedos y profundos, cerrándose en el blanco de la arena. Dos días antes, una extraña tormenta tropical —muy anticipada a la temporada—, durante su viaje desde Florida y Cuba, había arrojado hacia Yucatán fuertes lluvias y un continuo oleaje. A sus pies, Eliseo vio como los sargazos —semejantes a verdes manchas— se entrelazaban en un tronco encallado, esperando la hora de secarse hasta el polvo.

Eliseo había salido desde su casa en Mérida, para dirigirse a ver a don Valerio. Llevaba varios días sin visitarlo. Durante sus múltiples enseñanzas, el anciano había puesto ante él verdades que le eran ignoradas, hechos difícilmente asociables, mostrándole un tipo de arquitectura de la realidad nunca anunciada por ningún libro. Durante ese periodo, Eliseo se vio desconcertado, vacilante, incapaz de for-

mular hipótesis razonables. El mundo que le mostraba don Valerio, le resultaba un lugar demasiado vasto y misterioso. Su mentor le hablaba de mitos mayas, leyendas arcanas, conjuros casi olvidados y eventos supuestamente ocurridos. Todo eso era nuevo y a la vez fascinante. Y más fascinante eran los increíbles hallazgos realizados en el laboratorio, al analizar diversas muestras de plantas medicinales utilizas por don Valerio. Durante los dos anteriores meses, habían identificado ya diversas substancias con alto potencial farmacéutico. En su estudio, Eliseo preparaba varios artículos de investigación y patentes industriales. Su carrera comenzaba a tener un empuje enorme.

Aquella mañana, antes de llegar a Chicxulub Puerto, quiso llegar temprano a la playa y meterse en el mar. Lo necesitaba. Entró rápido en el agua, con un salto hacia las olas. El agua estaba turbia, revuelta, caliente. Las corrientes venidas de lejos se encontraban a su paso, ignorándolo.

"Si llego a buena hora, quizás hasta me inviten a desayunar", se dijo. Salió del agua y se relajó, entregando sus ojos al amanecer.

Eran cerca de las siete, cuando llegó a la casa de don Valerio. El rojo y naranja de los geranios en flor, se le entregaron como obsequio matinal. Era un día hermoso y perfecto.

—Buenos días, don Valerio. En esta ocasión estoy muy animado —comentó Eliseo a modo de saludo—. Todo está avanzando de una manera magnífica, con grandes descubrimientos gracias a usted.

—Me alegra hijo. Ven, ayúdame aquí, sostén ese canasto. Estoy cortando algunas hojas para preparar un remedio.

Durante la mañana, Eliseo se concentró en realizar las tareas que le fue indicando el J'men. Durante un descanso, Eliseo aprovechó para realizar una pregunta, la cual tenía

tiempo esperando para hacerla: “Don Valerio, supuestamente existen unas profecías mayas, vaticinando un terrible apocalipsis para el año 2012. ¿Usted qué sabe de eso?”. A Eliseo lo motivaba una franca curiosidad científica: él deseaba conocer los antecedentes y argumentos de tan descabellada aseveración, tópico de fanáticos milenaristas que atiborraban la internet con miles de blogs y vídeos. Conociendo la verdadera versión mágico-religiosa de ese pueblo indígena, podría él discutir con bases, y rebatir limpiamente a tanto bobo que esgrimía por ahí el término “profecías mayas del fin del mundo”.

Don Valerio sonrió, haciendo un guiño.

—Así es hijo. No hay tales profecías. De algún modo, sólo son las falsedades de quienes pretenden abusar de los demás. Hace años, nos reunimos los miembros del *Kuch kaab Yéetel J´men Maaya'ob*, o Consejo de Ancianos y Sacerdotes Mayas, y discutimos ese asunto. Tratamos de saber si alguno de nosotros había comenzado ese rumor. Pudimos descubrir que todo se originó con una interpretación errónea. Quien divulgó la idea del “fin del mundo” en este año, fue un muchacho tonto, un tipo que se hacía pasar como J'men. Él logró aparecer en un periódico de Belice, por medio de ofrecerle a un periodista “una gran revelación para nuestros tiempos”. Pero puedo afirmarte esto: de acuerdo a nuestro más antiguo calendario sagrado, el último día del treceavo Baktún, Tzolkin tres Cauac, Haab dos Kankin, o como tú lo dirías, 20 de diciembre de este año, 2012, será cuando termine nuestro calendario de la cuenta larga. Y eso significa que se dará inicio a un nuevo calendario, o más bien, a una nueva forma de experimentar el tiempo. Imagínalo como algo semejante a una gran celebración. ¡Pero qué te digo yo! Sólo soy un viejo, y el

mundo es mucho más viejo que yo, y aún así, nos falta mucho más por delante.

Esa tarde, al retirarse Eliseo a su casa, conducía dubitativo, reflexionando las palabras. Durante los meses de relación con el viejo, logró identificar cuando el chamán ocultaba algo relevante mediante el uso de hábiles alusiones indirectas, juegos de palabras y referencias a menudo opacas. Era infantil su preocupación. Como científico, no dejaba de reconocer un profundo imaginario en el mundo maya, pero de algún modo, esa peculiar manera de hablar de don Valerio, pretendiendo dar una explicación pero no concluyéndola en claro, por alguna razón indefinible le incomodaba un poco.

Cuando pasó justo al lado del camino vecinal hacia Dzidzilché, recordó la espantosa experiencia con la aparición nebulosa. En aquella noche, tuvo que abandonar su vehículo y para su suerte fue recogido por un patrullero de caminos. La camioneta fue recogida por una grúa y él pasó la noche en la comandancia, pues lo confundieron con un borracho alterado. Para olvidar ese penoso recuerdo, pensó en términos optimistas respecto al futuro: "en efecto, existen riesgos que amenazan la vida en este planeta, pero ninguno que sea definitivo para una fecha concreta. En realidad yo creo, que al oriente de mis nietos, el eterno vientre de las eras aún continuará dando a luz infinitos amaneceres... Sí, así será."

Delta: ($Be_{2,2}$)

En la montaña Marampa, horadaban la roca viva los mineros Ahmed Bio y Foday Koromala: a través del aire polvoriento contemplaban en los túneles los perfiles confusos y apretados de la tierra petrificada. A centenares de metros de profundidad, bajo el territorio convulso de Sierra Leona, los dos hombres, maniobrando una potente barrenadora, inesperadamente abrieron un estrecho hueco que comunicaba con una gran gruta. El más joven —Foday— decidió introducirse por la brecha, cuyas tinieblas apenas se pusieron un poco más densas en la angosta abertura. Dentro tuvo que deslizarse sobre el vientre, pudiendo únicamente avanzar o retroceder. A medio camino, la lámpara en su casco comenzó a destellar, amenazando con fallarle. Aún así, el chico decidió continuar y luego de arrastrarse con dificultad por varios metros dentro del pozo, terminó por apagarse la luz. La desesperante oscuridad del túnel lo envolvió. Sólo le quedaba ir hacia adelante; se sintió asustado, movido por una fuerza de atracción, de instinto, de presentimiento, llevándolo imparablemente hacia adentro. Cuando la linterna volvió a funcionar, se encontró dentro de una cavidad similar a una gran geoda. El haz de la lámpara le mostró minerales preciosos de colores extraordinarios: verde esmeralda, rojo bixbita, azul aguamarina, rosa morganita y amarillos miel. Los cristales emergían de todas direcciones, formados lo mismo arriba y abajo, densamente apretujados unos contra otros, todos inmersos en un calor intenso y sofocante. El muchacho deseó quedarse ahí, absorto en la maravilla vista por vez primera, respirando con dificultad una atmósfera húmeda y acalorada, ahogándose en cada inhalación. Pesadamente, reptó en la tierra densa e impenetrable, retornando hasta donde su impaciente compañero le llamaba a gritos. Al salir, agotado, alcanzó a decir entre jadeos: "Es una geoda, grandísima, con cristales de berilo con dos, tres veces mi altura…".

Los cristales de berilo eran comunes en esa mina africana, y era usual que los empleados se llevaran a casa pequeños cristales blancuzcos, guardándolos en sus bolsillos, pero los dos hombres nunca habían escuchado hablar de formaciones cristalinas tan grandes como las de esa caverna. Ante el imponente hallazgo, los hombres decidieron detener el avance del túnel y dar aviso al supervisor.

De pronto, en ese espacio imposible, con el silencio detenido, un fulgor comenzó a manar por el hoyo: haciendo dibujos improbables, sin lógica, una bruma que en sí misma era luz, envolvió a los muchachos y haciéndoles entrar en un insondable trance, se difuminó llevándolos consigo.

Quinto hallazgo

El único misterio del universo es que exista un misterio del universo.

Fernando Pessoa, poeta portugués

—"No lo puedo creer —se dijo Örjan Gustafsson—. Verdaderamente, parece estar derritiéndose demasiado rápido" —el científico, especialista en biogeoquímica, observaba con alarma la pantalla del ordenador: el aparato le mostraba una serie concreta de resultados. Levantó el intercomunicador y llamó a uno de sus asistentes—: Ven aquí. Te necesito ya, en este momento a ti y al resto del grupo. Que acudan todos a mi oficina.

Unos minutos después, Örjan escuchó ante su puerta cerrada una serie de apresurados pasos. Un joven regordete entró intempestivamente; detrás de él venía el resto del equipo de geólogos, químicos y paleoclimatólogos de la Universidad de Estocolmo.

—Doctor, ¿lo ha visto? Ayer revisé los resultados preliminares y no podía creerlo ¡De ser correcto eso, el escenario proyectado implicaría un incremento vertiginoso del calentamiento global! —el muchacho parecía, sobre todo, pasmado, como si acabara de emerger de las profundidades y flotara ahora a la deriva entre el oleaje menguante del miedo.

¿De qué hablas? —preguntó un sujeto corpulento —¿Por eso me han sacado de mi clase? ¿Para escuchar tonterías? Si el modelo está arrojando esos resultados, es que algo debió haberse hecho mal con el manejo de las muestras, y por eso los resultados están equivocados —reclamó.

Un tipo alto y flaco, cercano a la puerta, se ajustó las gafas y dijo: —No me miren a mí: si algo salió mal, no será nuestra culpa: Sakonvan y yo cuidamos esmeradamente el traslado de las muestras del permafrost —replicó, buscando el apoyo de la estudiante de posgrado a su lado. Sakonvan asintió con un severo gesto de su pecoso rostro.

—¡Entonces fueron los extractores! Ellos contaminaron las muestras —dijo alguien. La atestada oficina adquirió una pesada atmósfera.

—Estás equivocado —protestó Nils Holm, especialista en geoquímica de sedimentación marina—. Mi gente se apegó a todos los protocolos exigidos para obtener cada una de las muestras. Puedo afirmar con certeza, que los procesos *in situ* y los análisis de laboratorio, han sido correctos. Si el modelo informático muestra eso, entonces debe ser cierto y debemos comprender sus implicaciones—agregó, tratando de ocultar su rígida actitud.

—¿Pero cómo aceptar eso? —reclamó alguien desde atrás de un hombre alto— Debe de haber un error de origen.

—¿No será acaso que el error esté en el algoritmo de análisis...? —apenas comenzó a preguntar una chica rubia al lado de la ventana, y se interrumpió, mordiéndose el labio, evidentemente avergonzada de sí misma.

—¿Dudas del programa de modelización climática? ¿Cómo te atreves a decirlo? —espetó el joven regordete, ahora con el rostro sudoroso y enrojecido. Evidentemente el comentario de ella lo había alterado aún más.

—No, déjala —interrumpió Örjan—. Es correcto que ella ponga en tela de juicio la validez del modelizador. Te diré —dijo, explicándole a la chica—. Yo escribí el programa, pero al igual que tú, también he dudado de su efectividad. Por ello lo he revisado línea a línea, realizando múlti-

ples corridas de escritorio, escrutando cada una de las subrutinas, y nada. Ante eso, les diré: es correcto. El modelo proyectado por el programa, es una extrapolación con 98.3% de certidumbre —determinó, mirando a todos en la oficina.

La chica alzó rápidamente la vista hacia él y pensó algo que aparentemente le devolvió la serenidad, pues su cuerpo se relajó —¿Y no será entonces un problema con el ordenador...? —no logró terminar la frase, pues volvió a estremecerse, e hizo una mueca, consciente de haberse equivocado. Casi todos la miraron con rechazo.

—Querida Dörte —respondió Örjan, mirando con enfado a la chica—, no puede ser un problema de limitación en el hardware. El programa de modelización climática se ha corrido en el SuperMUC —explicó, refiriéndose al poderoso superordenador del Centro Leibniz-Rechenzentrum, en Alemania, capaz de procesar datos a una velocidad de 3 Petaflop por segundo.

—Comprendo —la chica lo miraba con vergüenza.

—Compañeros, de acuerdo a la evidencia, hemos podido identificar la presencia de un proceso irreversible en la plataforma continental al este de Siberia —su voz era clara y neutra, proponiéndose solamente enunciar los hechos—. Este fenómeno impactará nocivamente en el clima global. De acuerdo al superordenador, la liberación actual de carbono, será de 44 millones de toneladas al año, cantidad diez veces superior a lo estimado anteriormente. La descongelación de esa zona del Ártico, con un área dos veces mayor a España, dejará escapar a la atmósfera tanto CO2, que el progresivo colapso del permafrost, acelerará el calentamiento del planeta. Compañeros, debemos de retorna allá, y tratar de comprender qué clase de intensos

procesos físicos están propiciando eso, antes de encontrarnos en medio de un terrible desquiciamiento de los patrones termodinámicos de la atmósfera global y con nosotros sin saber cómo actuar —concluyó tajante.

Capítulo VIII

Estamos en un momento apasionante de la historia, tal vez en un punto decisivo de giro.

Ilya Prigogine, físico y químico ruso-belga

Dzibilchaltún
Yucatán, México
13 de octubre, 2012. 10:05 AM

Ya viejos y deshabitados estaban los templos. Las gradas y viviendas eran hermosas y solitarias, se parecían al tiempo. En la vibrante y extensa selva reposaba el sitio arqueológico de Dzibilchaltún y algunos pocos turistas avanzaban entre las ruinas mayas, indiferentes ante nosotros. Don Valerio me había pedido lo llevara a ese sitio. "Hay algo que hacer en la antigua ciudad sagrada. Vamos, el tiempo apremia", dijo.

Por la amplia extensión de Dzibilchaltún, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, no había logrado aún despejar y reconstruir una gran cantidad de edificaciones. Senderos perfectamente delimitados indicaban por donde era permitido avanzar. Los visitantes se detenían ante milenarias columnas de roca labrada, maravillados por la belleza de las estelas y sus misteriosos glifos. Altas estructuras pétreas eran escaladas con cuidado y respeto por gente ataviada con amplios sombreros y pantalones cortos. El leve murmullo de acentos extranjeros, llegaba hasta Eliseo. Un guía dirigía a un grupo de europeos, explicándoles aspectos relevantes de la cultura maya.

Don Valerio, con un simple movimiento de mano, le indicó a Eliseo dirigirse hacia un apenas visible sendero.

Una cadena tendida entre dos pilotes de concreto, demarcaba una prohibición de paso. De la cadena, en varios idiomas, colgaba un letrero que decía “NO PASE, PELIGRO”. Don Valerio miró hacia todos lados, y al no ver guardias por ahí, rebasó el límite, entrando al sendero. Eliseo, sorprendido por la agilidad del movimiento, siguió con cuidado al anciano. Avanzaron entre la maleza, hasta llegar a un sector en donde unas ruinosas pirámides estaban aún sin ser liberadas de la vegetación que las cubría. Caminaron hasta un grueso entramado de enredaderas que subía por las paredes de una enorme mole de roca. Cautelosamente ascendieron por un costado, agarrándose de las salientes y las ramas para subir. La pirámide parecía un cuerpo pétreo arrojado bajo el mar verde del sueño.

Al llegar arriba, don Valerio sacó de un morral un pequeño incensario de barro. Ahí encendió unos pequeños trozos de carbón y sobre las brasas aplicó una resina gomosa. Inmediatamente el aire se cubrió con el aroma de copal quemándose.

—Hemos venido hasta este lugar, a lo alto de este templo, para recibir una señal de mi señor Hurakán. Eventos muy importantes están por ocurrir, y necesito saber cuál será mi proceder ante ellos —explicó el anciano, sentándose con las piernas cruzadas y comenzando a murmurar unas plegarias. Eliseo no logró escuchar el rezo de don Valerio, así, sin tener nada más que hacer, se sentó en el borde de la pirámide. De su mochila sacó una botella de agua, y mientras la bebía, se abstrajo mirando el paisaje. Extrajo un pequeño libro sobre mitología maya y leyó: *Hurakán, "el de una sola pierna", es el dios del viento, de las tormentas y el fuego. Fue uno de los trece dioses creadores que construyeron la humanidad durante el tercer intento. Además provocó la Gran Inundación para destruir a*

los primeros hombres que enfurecieron a los dioses. Luego se puso a danzar sobre las aguas torrenciales, repitiendo "tierra", hasta hacer emerger terreno firme y seco de entre los océanos. Nombres alternativos: Tohil, BolonTzacab y Kauil.

Pasaron las horas, y don Valerio continuaba inmerso en un profundo estado de concentración, repitiendo la misma oración. Ya cerca del ocaso, un tremendo estruendo sacudió el centro arqueológico. Eliseo pensó: "¡Algo estalló¡ Quizás un gaseoducto, pero ¿dónde?" Miró hacia todos lados, no encontrando ninguna señal de fuego o humo.

—Esa es la señal. Hurakán me ha hablado —explicó don Valerio.

Eliseo, confundido, dijo: —No don Valerio, algo ha hecho explosión... un coche en el área de estacionamiento, no sé, algo...

Don Valerio lo interrumpió, poniéndole una mano en el hombro. Le dijo: —Ha sido un trueno. Así habla Hurakán.

Eliseo seguía sin comprender. El cielo estaba perfectamente limpio, libre de nubes y no podía ser un fenómeno de rayo en seco, pues ese tipo de evento meteorológico se observa por lo común sobre incendios forestales y volcanes activos.

A la distancia, en una explanada, unos pocos turistas aún tomaban fotografías, ajenos al atronador sonido.

—Vámonos. Ahora llévame a mi casa. Estoy muy agotado —pidió el anciano.

En camino hacia Chicxulub Puerto, Eliseo le preguntó a don Valerio:— ¿Qué fue lo que le ha dicho su dios Hurakán?

—Lo único que puedo decirte, es esto: se acerca una terrible y destructora tormenta, y si deseamos evitarla, será necesario hacer una ceremonia con todos los miembros del Consejo de Ancianos y Sacerdotes Mayas. Y tú tendrás

que acompañarme. Eso es ineludible, hijo —fueron las palabras de don Valerio.

Eliseo, mirando la carretera ante él, pensó una cosa: en el pensamiento maya, los duros y secretos caminos que ascienden desde la búsqueda al descubrimiento, de la duda a la certeza, de la ignorancia al asombro, todos los momentos, aun los más insignificantes, parecían estar prefijados.

ÉPSILON: ($B_{2,3}$)

En India, a un día de viaje en camello desde la fortaleza Ajmer, hay un templo a orillas de un lago en la pequeña ciudad de Púshkar. La joven Mahima Basu y el resto de su familia, realizaban una visita a ese lugar obligado de peregrinaje para los hinduistas devotos. Luego de sumergirse en el lago, bañándose en las aguas sagradas, Mahima le comentó a su hermano Aditya:

—¿Sabes? Anoche he vuelto a tener ese extraño sueño. En él, un hombre desconocido se queda parado ante mí, sin decir nada, sólo mirándome…

—No sabía si decírtelo, pero también yo lo he soñado—, musitó Aditya con ahogada emoción.

Mahima, mirándolo con recelo, salió del agua estrujando los bordes de su sari en un intento de secarlo.

—¿Cómo es él?—, preguntó Mahima, mientras caminaban hacia el templo, abriéndose paso entre un océano de fieles. Un santón, con el cuerpo desnudo recubierto de ceniza, repetía "dadme algo, pues soy un santo".

—Es un hombre de labios gruesos, cejas pobladas y mirada profunda —explicó Aditya.

Mahima, separándose un poco de su madre, exclamó:

—¡Sí, es justo como yo he soñado! Hermano, con todo mi ser, siento que es una manifestación de Visnú.

Alrededor, ascetas sentados en posturas imposibles, mostraban su promesa de mantenerse así durante toda la vida y, a lo lejos, jinetes tocados de turbantes rojos y oro paseaban sobre soberbios caballos. De súbito, una enorme columna de polvo centelleante envolvió a los jóvenes, desvaneciéndolos en el aire.

Bajo el ardor del mediodía, estupefactos campesinos y pastores, atestiguaban el insólito evento.

Capítulo IX

Daría la mitad de lo que sé por la mitad de lo que ignoro.

René Descartes, filósofo y matemático francés

Mérida
Yucatán, México
18 de diciembre, 2012. 12:30 PM

Desde su descenso de la pirámide de Dzibilchaltún, don Valerio se había vuelto más serio y parco con Eliseo. Él, enfocándose más a sus investigaciones fitofarmacéuticas, visitó con menos frecuencia al J'men. Sin embargo, algunas semanas después, precisamente al mediodía de ese 18 de diciembre, llegó a la universidad un jovencito maya, diciendo buscar al Doctor Eliseo Alyassa para entregarle un mensaje: "Me envió don Valerio Cob Yah, y dice que vaya hoy usted a verlo. Es algo muy importante." Eliseo, al escuchar esto, se preocupó profundamente. La voz del muchacho denotaba una apremiante seriedad. Eliseo, que junto a sus colaboradores se dedicaba afanosamente a resguardar los equipos y notas del laboratorio, intentando protegerlos del inminente desastre natural, consideró delegar el trabajo, para así atender inmediatamente el llamado de don Valerio.

Y en verdad, las razones actuales de don Valerio, estarían sumamente fundamentadas para pedir urgentemente su ayuda:

El pasado día 29 de noviembre, al escuchar Eliseo las noticias en la radio, se enteró de la reciente formación de una anomalía atmosférica en torno a las Islas de Cabo Ver-

de, frente a las costas de Senegal. El inusual sobrecalentamiento de las aguas, desarrolló un hondo desequilibrio meteorológico en la región. Según los comentaristas de la radio, eso era sumamente extraño, pues la temporada de huracanes en el Atlántico supuestamente ya había terminado desde inicios de noviembre. Los científicos aún se debatían respecto a las causas que caracterizaron esta temporada, pues la aparición de las múltiples tormentas tropicales, y de los varios y poderosos huracanes observados, eran indicativos claros de un gran cambio en el clima del Atlántico.

Eliseo estuvo atento a la evolución de la anomalía térmica del mar; durante los días siguientes, la anomalía se transformó en una depresión tropical estacionaria, provocando grandes precipitaciones sobre aquél archipiélago africano, dañando la infraestructura de las islas de Sal, Santiago y São Vicente. Coincidentemente, al desplazarse su centro de baja presión sobre la isla de Fogo, ocurrió que el volcán activo en ese islote hizo erupción violentamente, obligando a los pocos habitantes huir hacia tierras seguras. Al alejarse de Cabo Verde, la depresión tropical adquirió rápidamente más fuerza, obteniendo a partir del 3 de diciembre la condición de tormenta tropical, con el nombre *William*. Los meteorólogos norteamericanos del National Oceanic and Atmospheric Administration, determinaron que el meteoro perdería rápidamente su fuerza, disolviéndose sobre el mar. Contrario a los vaticinios, William continuó hacia el oeste, incrementando su fuerza. Al arribar al archipiélago de las Islas de Virginia Británica, poseía la categoría de huracán grado uno. Su trayectoria fue errática, impredecible, azotando con grandes olas, potentes vientos y tremendas lluvias a casi todos los países de la cuenca del Caribe. En un sólo día escaló a huracán de categoría

tres, avanzando hacia Puerto Rico, luego Haití. Ahí ascendió a categoría cuatro y se detuvo dos días sobre Jamaica, para avanzar demoledoramente sobre Cuba, las Bahamas y Florida. En Estados Unidos arrasó la costa norte del Golfo de México, destruyendo todo a su paso. Con una titánica fuerza de categoría 5, devastó las costas de Mississippi, Louisiana y Texas. En Yucatán, el gobierno mexicano había establecido el estado de Alerta Roja, el nivel más alto en términos de riesgo por amenaza de huracán. De acuerdo a los especialistas, el índice de Energía Ciclónica Acumulada del huracán William, casi igualaba al del más intenso de los huracanes registrados en el Atlántico —el huracán de San Ciriaco, el cual provocó en 1899 una terrible desolación en casi todo el Caribe, apenas un poco mayor que la producida hasta el momento por William—. Si ese enorme vórtice de tormentas golpeaba la Península de Yucatán, sembraría una destrucción nunca antes vista en tierras mayas.

Capítulo X

La Tierra es la cuna de la humanidad, pero la humanidad no puede permanecer todo el tiempo en la cuna.

Konstantin Tsiolkovsky, teórico ruso y pionero de la investigación espacial

Conkal
Yucatán, México
19 de diciembre, 2012. 8:15 AM

Eliseo marchó a media tarde hacia el pueblo de Chicxulub Puerto. Al llegar, don Valerio le dijo: "hoy dormirás aquí. Mañana temprano saldremos hacia el pueblo de Conkal, y allí recogeremos a unos J'men. Luego iremos a un sitio sagrado para tratar de calmar al dios Hurakán." Sin más, Eliseo siguió las órdenes del anciano maya, preparándose para respaldarlo como chofer y asistente. Por alguna imprecisa razón, Eliseo se sentía comprometido a ayudar a don Valerio, aún cuando las órdenes del Servicio Nacional de Protección Civil, eran claramente el de evacuar la Península de Yucatán. "No sé qué estoy haciendo aquí, pero no dejaré a este hombre solo", se dijo Eliseo.

Una vez llegaron a Conkal, recogieron a dos hombres y una mujer. Los tres eran J'men como don Valerio. Luego de saludarlo con profunda reverencia, abordaron el vehículo.

"Toma por ese camino. Yo te iré dando indicaciones de por dónde ir", dijo imperativamente don Valerio. Ante lo categórico de sus instrucciones, Eliseo simplemente obedeció. Dirigiéndose hacia el sur, pasaron junto a las pequeñas chozas del pueblo de Acanceh y luego de algu-

nos kilómetros, llegaron a Tecoh. "Ahora sigue por ahí", dijo don Valerio. El verdor de la selva se agitaba por una ventisca cada vez más intensa. Después de unos minutos, arribaron a un claro en la selva, en donde varias personas los esperaban.

Bajo un cielo gris e iniciando una fría llovizna, llegaron hasta la entrada de la gruta sagrada de Tzabnah.

ZETA: ($C_{2,4}$)

En un pasillo de la remota prisión 413, el subteniente Enkhbatyn Elbegdor intentó comprender el leve zumbido sobre el edificio, mientras corrientes de la madrugada invernal ingresaban por grietas en el techo. El sonido —semejante a un silbido sordo y continuo—, parecía provenir de un objeto moviéndose en círculo en torno al presidio. Enkhbatyn llamó por la radio a su compañero Tsakhiagiin Badar-Uugan, sin obtener respuesta. Los reos del bloque 3 dormían. Luego de unos minutos cesó el sonido y las alarmas del penal se activaron. Guardias armados irrumpieron en la celdas, encontrándolas vacías. Sin quedar claro cómo, casi toda la población de la cárcel de Dzuunharaa, en Mongolia, sencillamente desapareció, atrapados por una luminosa pulsación en el aire.

Sexto hallazgo

Si el pensamiento humano —eventualmente hecho más poderoso por alguna mutación biológica—, se elevase un día hasta la cúspide de sus capacidades, percibiría entonces en su verdadera luz al universo, en una forma que sin duda no sospechamos.

Louis de Broglie, físico francés

Durante horas, los cielos al norte de Argentina fluctuaron entre la luz y la oscuridad de forma intermitente. Al llegar la noche en la frontera con Bolivia, la gran tormenta eléctrica continuó, impidiendo al grupo de trabajadores dirigidos por Gabriela Nicora, continuar con la instalación de la nueva estación meteorológica. La geofísica del centro de investigaciones científicas y técnicas del Ministerio de Defensa Argentino, refugiada en aquella precaria estructura con el resto de sus técnicos, miró en silencio a su primer asistente, un hombre pequeño y de cabello gris. Él, comprendiendo al momento la tácita señal, se retiró lentamente del grupo, procurando no llamar la atención al salir. En la penumbral habitación, las ocho personas de la cuadrilla, pasaban de mano en mano el recipiente del cual bebían hierba mate. A un centenar de metros, el destello de los relámpagos era reflejado sobre la agitada superficie de la Laguna de los Pozuelos. Gabriela, solicitando una lista de datos a una joven, trataba de mantener la atención desviada de la puerta. El asistente, al salir, hizo un gesto rápido de alivio. Luego de alejarse una decena de pasos, clavó en la dura tierra la puntiaguda barra de metal que sobresalía de un dispositivo de medición. En pocos segundos obtuvo una serie de lecturas: la electroconductividad del suelo se

había disparado a un 1,200% arriba de lo normal. El hombre, con un gesto severo, consultó la pantalla del teléfono satelital; nada, el intenso campo electromagnético a su rededor bloqueaba todo intento de comunicación con el exterior: de algún modo, tenían que notificar al profesor Robert Holzworth, en la Universidad de Washington, de esa singular actividad en la provincia de Jujuy.

Capítulo XI

La gente intenta comprender el gran universo mirando a través de dos ventanas: la ciencia y la religión.

Freeman Dyson, físico y matemático inglés

19 de diciembre, 2012. 5:25 PM.
Caverna sagrada de Tzabnah
Municipio de Tecoh
Yucatán, México

Decenas de personas, todos ellos pertenecientes a la etnia maya, aguardaban bajo unos frondosos árboles el arribo de don Valerio. Eliseo estacionó el vehículo y miró los rostros del numeroso grupo: la apariencia de todos ellos denotaba un profundo respeto. Don Valerio bajó del vehículo, y dando unas órdenes en lengua maya, congregó a la gente a su alrededor. A unos metros se abría un gran agujero, permitiendo el ingreso a la gruta. Antes de entrar, don Valerio hizo una serie de rezos, suplicando a sus deidades el permiso para descender. Con mucho cuidado se deslizó entre las rocas resbaladizas, y después el resto, uno a uno, lo siguieron.

En ese momento, Eliseo comprendió que don Valerio era el dirigente de mayor jerarquía.

Cuando llegó el turno de Eliseo para internarse, fue dejando atrás las ráfagas frías del temporal. Adentro, se encontró con una enorme galería iluminada por varias antorchas.

Al fondo de la cavidad, sobre el polvo y rocas, vio una desgastada mesa de madera. Sobre ella, al centro, había una cruz azul de brazos iguales, cubierta con unas descoloridas flores de papel. A los lados, una veintena

de cirios estaban encendidos, iluminando trémulamente el altar.

La voz del sacerdote maya retumbó en la caverna, invocando el espíritu sagrado de los vientos. El antiquísimo ceremonial era impostergable.

Con firmeza, el anciano mirando a Eliseo, dijo: "tú ponte ahí, agarra esa veladora y quédate callado".

Expectante, Eliseo era testigo de una ceremonia ancestral extraordinaria, que había sobrevivido los embates de la historia y se enfrentaba en la renovación de la sangre nueva, de los jóvenes mayas y de los J´men, para sobrevivir ahora a los vaticinios del final de los tiempos. Eliseo no dejaba de cuestionarse: "¿Qué lugar me corresponde en todo esto?". Al comenzar su aprendizaje bajo la tutela de don Valerio, nunca se imaginó cuán lejos lo llevaría eso.

A través de la entrada, llegaba desde el exterior el continuo fragor del viento. La ceremonia sería realizada por el pleno de miembros del *Kuch kaab Yéetel J́men Maaya'ob*, o Consejo de Ancianos y Sacerdotes Mayas, llevándola a cabo para intentar el equilibrio entra la tierra, el cielo y el mar.

Tres J´men se dispusieron frente al altar, mientras —en semicírculo— los demás rezaban de rodillas sosteniendo —cada quien— una veladora entre las manos. Cantos en lengua maya fueron entonados, mientras de un anafre se alzaban delgadas columnas de humo y aroma de hierbas. Los olores de la parafina quemándose, se mezclaban con el de las ofrendas de comida consagrada a los dioses: un par de enormes ollas ahumadas descansaban al lado del altar. Ese alimento había sido preparado en el pueblo desde el momento del amanecer, utilizando tortillas de maíz, carnes de venado, conejo, guajolote y codorniz, para ser entregado a *Ixmucané*, la Madre Tierra.

Los J'men se movían como las figuras de un sueño que poco a poco va adquiriendo consistencia y realidad. Al transcurrir varias horas durante las cuales repitieron salmodias incomprensibles para Eliseo, don Valerio Cob Yah hizo silencio, levantó las manos y con una indicación ordenó lo siguieran. Cada quien portaba una veladora encendida.

Afuera, hacía rato había desaparecido la pálida grisácea del atardecer. En la penumbra de la gruta habitaban pequeños trozos de alba profunda: las veladoras, trémulas, generaban en Eliseo la sensación —percepción que era en sí misma absurda— de estar protegido de lo que habitaba en la oscuridad.

Avanzaron, y por delante, atrás y a los lados de Eliseo caminaban las estrellas: la procesión parecía una constelación de gente recorriendo el túnel, como río subterráneo de motas luminosas, entrando más y más en la gruta de Tzabnah, dirigidos por el anciano J'men. El aire se hizo pesado, difícil de respirar. La humedad transpirada por las piedras, entraba en los pulmones de Eliseo, sofocándolo.

El silencio era enorme, áspero e intratable. Bajaron más y más.

Como podían, se sujetaban de las salientes en la pared rocosa, asiéndose con torpeza. El suelo y las paredes de la gruta estaban ligeramente mojados, creando una extraña sensación al tacto. Eliseo tocó una estalagmita blancuzca y la encontró frágil, casi pastosa. El agua se infiltraba poco a poco en todo ese lugar.

Parecía un descenso por un largo pozo, tragados hacia el centro del planeta. Era el esófago del Mundo.

Don Valerio Cob abría la columna, caminando delante. Y un silencio.

Unas mujeres, muy ancianas, iban frente a Eliseo, con los cabellos grises cayendo sobre sus espaldas. En algún momento una de ellas volteó sobre su hombro, confirmando que Eliseo aún venía detrás de ella. Alrededor todo era tan noche como en los ojos de esa mujer, foso de negrura debajo de la superficie.

Los participantes avanzaron con pasos pesados de aromas y calores amontonados en la inclinación de aquella pendiente ligera. Varias veces por no caminar con precaución, Eliseo golpeó su cabeza contra goteantes estalactitas, haciéndose un rasguño en la frente. Luego resbaló un par de veces en algún lugar de ese largo trayecto de medio kilómetro: el submundo se metía en sus ojos con lóbrega presión.

Eliseo quería encender su lámpara de baterías, pero se refrenaba: aquello no era una excursión de espeleología. Ya no era un investigador científico, ahora era miembro de una comunidad esforzada en contener la fuerza del súper huracán William. Para eso, mujeres y hombres descenderían al inframundo, buscando el *origen del agua*.

De pronto, don Valerio se detuvo y dijo unas palabras inciertas con un bamboleo melódico. Los demás J´men asintieron, agregando algo en maya. Cada uno de ellos traía un guaje colgando al costado. Don Valerio tomó el suyo y le retiró la tapadera, bebiendo un sorbo del recipiente. El mismo acto repitieron los otros J´men. En ese instante don Valerio tomó del brazo a Eliseo, ofreciéndole el guaje y dándole a tomar un poco de su contenido. "*Bébelo, es Uk´ulil saka´, la Santa Inmaculada Bebida*", dijo el anciano.

Los J´men lo ingerían, representando simbólicamente su propio renacimiento. "*El Uk´ulil saka´* vivirá así en nosotros", fueron sus palabras. Luego don Valerio recorrió solitario unos quince metros, se inclinó ante unas rocas

amarillentas y comenzó a arrastrarse por la entrada de otro túnel muy estrecho, apenas más ancho que una persona. El aciano entró lentamente, llevando por delante su veladora. Detrás de él entraron el resto de los J'men, repitiendo sus movimientos. Al final pasó Eliseo, y al hacerlo escuchó un ruido perdiéndose en el tiempo. Reptando con dificultad, pasó por el angosto pasadizo, hasta llegar a otra galería de techo muy alto. Su tamaño no era apreciable, la luz no alcanzaba tan lejos. Ante él, una gran laguna subterránea yacía serena. Este manantial sereno lo llevó a sentarse en una roca. Eliseo presenciaba, poseído por la distancia, el débil destello de todas las veladoras. Delante de él se reveló algo: ese lago subterráneo era la raíz del agua.

ÉTA: ($N_{2,5}$)

"Son casi las 5:00 AM", pensó Andry Rajoelina. Apurado, se despidió con un beso de su esposa. En la cama, Mialy —aún dormida— solo respondió con un "cuídate". Ambos, inmigrantes de Madagascar, habían tenido una noche insomne, pues su sueño estuvo interrumpido por una intensa tormenta eléctrica. Andry salió del número 15 de la Plaza Canteloup, en Burdeos, y miró ante él la alta silueta gótica de la basílica de Saint Michel. El cielo, brillando con un inusual color bermellón, mostraba unas extrañas nubes, las cuales habían adquirido un inquietante fulgor, como si algo enorme se gestara en su interior. Ese día sería importante para el joven matrimonio, pues Andry comenzaría su empleo como asistente dental en una clínica del suburbio de Mérignac; los largos meses de penurias económicas, al fin se resolverían. Al avanzar por la Rue des Allamandiers, con rumbo a la estación del tranvía, Andry notó la ausencia del viento. Dos estampidos, uno casi inmediato al otro, ensordecieron a Andry, impidiéndole percibir la presencia de un hombre que se le acercaba rápidamente. El sujeto le apuntó con una pistola, exclamando "¡Entrégame tu dinero...!", pero no logró hacer más: atónitos, atacante y víctima, miraron como venía hacia ellos una densa niebla ígnea que brotaba desde el río Garona.

Esa noche sin brisas, toda la región de Aquitania fue cubierta por un muro luminoso, que como aluviones de oro, flotaba con rumbo al futuro.

Capítulo XII

Si el humano pierde su ego, se convierte en todo.

Therèse Brosse, médico cardióloga francesa

20 de diciembre, 2012. 5:25 PM.
Caverna sagrada de Tzabnah Municipio de Tecoh
Yucatán, México

Sobre sus cabezas, la gran roca del mundo envolvía en silencio la luz sobre el agua.

Primero uno, luego los demás fueron dejando sus veladoras sobre el lago. Era como pretender vestir la superficie líquida con trozos de fuego. Las veladoras flotaron, alejándose mudas de la orilla, internándose poco a poco en lo distante.

Según la creencia maya, existe una entidad espiritual con forma de gigantesca serpiente de cascabel, con decenas de metros de longitud y tan gruesa como un hombre. Su mitología dice además, que este ser habita los cenotes y los ríos subterráneos. A tal entidad la llaman *Me'etan Sayab*, *el Dueño de las Venas de Agua.* Los J́men, al colocar las veladoras en el lago, ofrendaban al *Me'etan Sayab*, un poco de su propio destello interior.

"¿Qué es eso?", se preguntó Eliseo al observar una tenue agitación en las aguas. Unos minúsculos peces blancos se acercaron a la orilla, quizás atraídos por el movimiento. Era una especie desconocida para él, de peces albinos y ciegos, desprovistos de ojos. Miles de años de vivir en este extraño entorno, habían adaptado a los peces a tan difíciles condiciones. Eliseo se sorprendió de encontrar

vida en ese lugar lejos del mundo superior, creciendo en la absoluta sombra.

Frente a él se manifestó un jardín dentro de la tierra, despuntando el destello de largas columnas de piedra cristalina, estalactitas bajando del techo hasta ingresar en el lago. Raros peces saltaban, jugueteando con los fuegos ofrendados.

Don Valerio entró hasta la cintura en el lago, rezando con fervor, pidiendo la protección de la *Ixmucané*, la Madre Tierra. Concentrados, los demás J´men repitieron su plegaria:

X-ki´ichpan Koólebiil Konjoótla,
X-ki´ichpan Koólebiil Ookótbaa,
Kiïchpan Koólebiil Dzaya´tzil,
Sujuy María,
X-ki´ichpan Ixchel.

(Hermosa Virgen Entristecida,
Hermosa Virgen Abogada,
Preciosa Virgen Misericordiosa,
Inmaculada María,
Hermosa Ix Chel).

Eliseo escuchaba el correr de los alientos bajo la cúpula de roca. Gotas de luz navegaban apacibles, como veleros en llamas sobre un mar de carbón. Las veladoras, semejantes a una flota de prometeos, se dispersaron poco a poco en las aguas del vientre terrestre. En la alta hora del rezo, la morada eterna de la noche calcinó sus temores.

Todos hicieron silencio. Algo comenzó a brillar difusamente dentro de las aguas, en el centro de la laguna. Parecía como si fuera a brotar una gran burbuja fosforescente.

Desde donde estaba, Eliseo logró ver a los peces en un enorme cardumen, arremolinados en torno a una altísima estalagmita. Los extraños peces irradiaban una suave bioluminiscencia. En lenta vorágine, un pez, tres, diez, incontables de ellos giraron al centro de los cuatro pilares del mundo. Aquella curvatura de luz líquida era una señal. Don Valerio entró en el lago y luego, de nuevo, el resto detrás de él: era como retornar al útero original, para renacer, inmaculados. Eliseo se quitó las botas e ingresó hasta los muslos. Una sed terrible lo agobiaba, apenas contenida por su respeto al ritual. Don Valerio se inclinó y con las manos llevó agua a su boca. El resto de la gente hizo lo mismo.

Eliseo, mirando eso, se arrodilló, y metiendo la cabeza en el agua, bebió con largos tragos. El sofocante agotamiento desapareció.

Cerca de él, un errabundo fulgor avanzaba desde la orilla rocosa, destellando en sus ojos.

Ernesto Pek, uno de los J'men, salió de la laguna. Se dirigió hacia un costal que había dejado junto a la entrada y comenzó a sacar unos palos secos: tenían un extremo envuelto con trozos de paño. Cuidadosamente los empapó con brea, vertiéndola de una botella. Ceremoniosamente las encendió. Trece en total. El brillo humoso de las antorchas arrojaba contra las paredes las sombras movedizas de los cuerpos inmóviles, silenciosos. Don Valerio salió del agua, pero fue el último en recibir una tea. Eliseo miraba, mientras a sus pies oía el goteo de la ropa escurriendo, lustrosa.

Silenciosamente, don Valerio introdujo su antorcha en el agua. Sus movimientos eran lentos, seguros y suaves. Por un momento la dejó sumergida y al sacarla, el fuego no se apagó.

Don Valerio, hijo del *Moson chakjole'en*, era el portador del fuego sagrado, bendecido por la Madre Diosa. El anciano maya dijo con voz profunda y clara: "Nuestra Señora María-Ixchel, nos prodigó las llamas acuosas para aquietar a su hijo Hurakán. Ahora salgamos de aquí".

THETA: $(O_{2,6})$

David Ngunaitponi —un anciano aborigen de la nación pitjantjatjara— y su pequeña nieta Narel, arribaron ante una enorme formación rocosa. Atardecía en Australia, y la oblicua iluminación aportaban al monte Uluṟu, una tonalidad rojo brillante. David era un ukaradji-u, un hombre sabio entre los de su pueblo, y había recibido mediante un sueño la indicación de ir con su nieta a mostrarle el sagrado monolito de arenisca.

—Narel, te he traído, pues es muy importante que estemos juntos hoy en este lugar, a esta hora —comenzó explicando el abuelo con profunda devoción. La niña, indiferente, observaba como se alejaba un autobús con los últimos turistas del día—. Hija, por favor, mira con respeto la grandiosa montaña: es el ombligo del mundo y personifican la esencia de Baiame, el Padre del Cielo. Baiame ha venido a mí en sueños, haciendo caer sobre mi cuerpo una cascada de cuarzo líquido, y mientras él hablaba, recibí su bendición, brotándome alas en lugar de mis brazos, enseñándome a volar. Además, me ha dicho: "ve a Uluṟu y lleva contigo a la hija de tu hija... allí les mostraré la verdadera forma de las cosas".

—Abuelo, ya he visto antes la montaña, pero estoy cansada... ¿nos vamos a casa? Quiero terminar mis deberes... mañana debo ir a la escuela —replicó la niña.

El viejo ukaradji-u, chamán viajero de sueños, no respondió. Su expresión se volvió enigmática, mirando hacia la distancia. Luego levantó los brazos, como intentando abrazar el cielo.

—Mira Narel, su promesa se ha cumplido: Baiame nos revela ahora la esencia de todo, entregándonos su consagración —exclamó, mientras ante ellos, de todo el promontorio sagrado del Uluṟu comenzó a emanar una blanquísima bruma. La roca parecía sublimarse, irradiando centelleos resplandecientes. Descendiendo de los promontorios, aquella luz multiplicada avanzó, devorando el desierto, al ave, al insecto, a la zoología entera, inmolando al tiempo en piras de energía prístina.

Capítulo XIII

La mutación genética no se debería a la casualidad. Sería dirigida. Iría en el sentido de una asunción espiritual de la Humanidad. Sería el paso de un nivel superior. Los efectos responderían a una voluntad dirigida hacia lo alto. Las modificaciones evocadas antes no serían nada comparadas con lo que espera a la especie humana, sólo un ligero atisbo de los cambios venideros. La proteína del gen se vería afectada en su estructura total, y veríamos nacer una raza cuyo pensamiento estaría profundamente transformado, una raza capaz de dominar el tiempo y el espacio, y de situar toda operación intelectual más allá del infinito.

Jacques Bergier, ingeniero químico y escritor franco-ruso

Tecoh
Yucatán, México
20 de diciembre, 2012. 3:46 AM.

El resplandor del fuego destacaba el torso de los J'men. Las velas y los cirios alumbraban las paredes de piedra. Salieron de la enorme gruta en donde un lago subterráneo recibió sus ofrendas y, en fila, regresaron hacia donde los esperaba el ventoso ulular del dios Hurakán, lanzando negros trozos de cielo.

Don Valerio, tomado del brazo de Eliseo, se apoyaba al caminar. El día había sido largo, pesado, pero aún faltaban cosas por hacerse.

Llegando todos a la galería superior, recibieron en la cara el golpe fresco del aire exterior. El calor del subsuelo de donde venía, era sofocante.

Don Valerio, seguido por los demás J'men, se paró ante el altar, salmodiando oraciones, cantos mezclados con humo de hierbas quemadas. El azul de la cruz sobre el altar, emitía destellos acuosos plenos de fervor.

Don Valerio Cob, con una señal, ordenó que lo rodearan. Los J'men obedecieron, cantando.

Afuera, en la noche, el huracán William. Era más que viento y agua pasando sobre el verde ciño de pueblos y ciudades. La potencia de su voz superaba toda ciencia y rebasaba por mucho la intuición. Los J'men continuaron por horas cantando, pero Eliseo obtuvo permiso para retirarse a un rincón y dormitar sentado sobre una roca. Desde una postura adormilada, entre sueños, como si a través de las decenas de centurias, del azar perdido como un dios, o por medio de un rayo en el principio de todo, Eliseo comprendió que, quizá, esos cánticos eran la madre más remota de la música ahora tejida en carne resonante dentro de la tierra. No era el tiempo del silencio y la música no arrojaba preguntas, sino consuelo. Consuelo para un dios enfebrecido, acaso involuntariamente provocado. Este rezo, exclamación de su propia materia, levantaba el deseo unánime, al deseo de armonía. Eliseo era la mirada ante el misterio de lo que somos todos.

El viento bajaba rozando la piedra de la caverna. El silencio oscuro y cálido se extendía más allá, hacia su fondo. Eliseo veía tenuemente la negra oquedad por la cual retornaron de muy dentro en la tierra. Habían regresado de lugares donde lagunas subterráneas albergan sonidos habituados a otra lengua. La gruta de Tzabnah, complejo de cuevas horadadas por miríadas de gotas de tiempo, con trece galerías enormes, tenía en cada una de ellas un pequeño lago. Ellos había descendido hasta la más profunda de todas.

En la gran galería de la gruta, había casi cien participantes, orando dentro de una boca pétrea, mirando más allá. Eliseo, poco antes de perder la conciencia, miró por última ocasión hacia las sombras en el fondo, hacia alguien avanzando de nuevo hacia la cavidad abierta a lo más profundo de la gruta: era don Valerio que regresaba a lo hondo del abismo.

IOTA: $(F_{2,7})$

La oscuridad se extendía, cubriendo las húmedas y sucias calles del barrio de Bushwick. Durante algunos años, en esa vieja calzada de Brooklyn, Alfredo Olivera, había entrado a los patios para revisar el estado de la red subterránea de distribución de gas. Esa noche ingresó a una casa ajena, saltando la pequeña reja del frente. Nadie escuchó sus pasos. Él caminaba absorto, sin comprender el origen de la voz. Algo lo llamaba, alejándolo de la gente y las farolas. Una sensación casi conocida, lo impulsaba, irrumpiendo en el 1169 de Greene Avenue. Al entrar a la pequeña casa, lo esperaba un objeto globular, pulsante, flotando en el centro de la estancia.

Por todo New York, la gente subió a las azoteas y corrió a las plazas, para grabar con sus cámaras el espectáculo: una miríada de esferas brillantes se movían, volando primero entre las nubes, descendiendo lentamente hacia los altos edificios.

Mucho después del crepúsculo, luego de que ninguno durmió, la urbe quedó solitaria, sin nadie más para continuar estremeciéndose ante el portento.

Capítulo XIV

El mundo tiene venas muy grandes, de ellas es que los seres toman su fuerza; si no tuviese venas por las que corriera su sangre, nuestra Madre la Tierra no tendría vida.

La sangre de nuestra madre canta en voz alta cuando pasa corriendo por todas esas venas y el venado y el conejo brincan por la alegría.

¿Hay algo más hermoso que el campo cuando está verde? Si el mundo tiene venas, es que también tiene corazón.

Nosotros no escuchamos latir ese corazón. Qué diferente sería si lo escucháramos.

Martín Makáwi, poeta rarámuri

20 de diciembre, 2012. 5:15 AM.
Gruta de Tzabnah, municipio de Tecoh
Yucatán, México

Mientras Eliseo dormía, Ernesto Pek, el J'men de siguiente jerarquía, dijo "sirvamos la ofrenda de comida". El alimento —preparado desde la mañana— estaba aún caliente por las brasas de los anafres. Entre cenizas moribundas, unos leños aún ardían con deformes llamas. Los J'men tomaron unas jícaras, y las llenaron con un poco de potaje. Luego lo ofrecieron hacia las ocho direcciones sagradas: enfrente y atrás, derecha e izquierda, arriba y abajo, hacia el corazón de todos los hijos de Dios y, por último, hacia el centro de la Creación. Después fueron hasta una gran roca en la caverna y depositaron en la tierra el contenido de sus vasijas.

Una anciana mujer con el cabello blanco recogido en una larga trenza, dijo:

Bejla' te' k'iina'
Ki´ichkelem Santo Ook´ostaj muunyale,
in Yuumen...
táan xan u taal u joyja'atik lu'um utia'al in xíimbal, Ki´ichkelem Santo Ook´ostaj muunyale´,
in Yuumen...
le ku yets'tal Schil in puksi'ik'al,
Ki´ichkelem Santo Ook´ostaj muunyale´, in Yuumen... ku sáastal, ku ka'a tíip'il k'iin, Ki´ichkelem Santo Ook´ostaj muunyale´, in Yuumen.

(Hoy este día
Hermoso Santo Danzador de nubes,
Señor mío...
refresca la tierra por donde camino, Hermoso Santo Danzador de nubes, Señor mío...
esa que se asienta en mi corazón, Hermoso Santo Danzador de nubes, Señor mío amanece, has que vuelva a asomarse el sol, Hermoso Santo Danzador de nubes, Señor mío).

En el fondo de la gruta se observó la flama de una tea. Era don Valerio que retornaba. Con paso decidido se dirigió a donde Eliseo, y con pequeños golpes en el hombro, lo despertó.

"Hijo, me tengo que ir", declaró. Había en su entonación una seguridad implacable y, al mismo tiempo, dulce y compresiva. Se dirigió ante el altar, santiguándose. Luego, volteando hacia Eliseo, lo miró con ojos distantes. Como si estuviera en trance, avanzó por entre un viento compacto de polvo. A la entrada de la caverna, la tormenta se agolpaba. Eliseo miró con dificultad hacia fuera, sin comprender la razón de su salida. Delgados arroyos de agua bajaban por las piedras, anegando sus pies. Al borde del lodo

negro, alcanzó a ver a Valerio, inclinado como la sombra de una ceiba, coronado por el luminoso cabello de platino. Un segundo después desapareció bajo la tempestad.

Eliseo levantó los ojos hacia el cielo de agua y relámpagos, abrumado, sintiendo como William devoraba su mirada vacilante.

Detrás de él las sombras inundaron los rincones, y afuera, desde lo alto, un vendaval furibundo amenazó con arrancar de raíz al mundo.

KAPPA: ($Ne_{2,8}$)

Yu Hua, guía certificado de buceo, mostraba a los holandeses Armin van Doorn y Rutger Huisman, el enorme cardumen globular que remolineaba sobre un bosque de algas: miles de peces nadaban entorno a un centro común, creando una elipse viviente. Era el segundo día de su luna de miel en la Isla de Lü Dâo , y con ese viaje a Taiwán, los dos hombres cumplían su sueño de disfrutar la tranquilidad del Mar de Filipinas. Sin ellos notarlo al principio, llegó desde la distancia —lentamente— una miríada de centelleantes corpúsculos, haciendo huir a la fauna que ahí habitaba. En ese mañana de ingravidez submarina, el pequeño grupo contempló el portento: Espantado, Yu Hua hizo la señal para volver a la superficie; Rutger, siendo el único en lograr ascender, miró desde las olas —mientras su alma se congelaba—, cómo una inmensa vorágine incandescente avanzaba hacia la costa, envolviendo el blanco faro y luego cubriendo toda la isla. Bajo él, Rutger escuchó un silbido semejante a metales afilados, un murmullo como suspiros ígneos en el agua.

Séptimo hallazgo

El mayor de todos los rompecabezas científicos en la cosmología, el que confunde todos nuestros esfuerzos por comprenderlo, es la Tierra.

Lewis Thomas, poeta norteamericano

Los anómalos cambios en el eje de rotación de los giroscopios de cuarzo, fueron detectados con exactitud por los magnetómetros ultrasensibles del complejo dispositivo espacial: el satélite artificial Gravity Probe-B, desplazándose en órbita polar a 650 Km sobre la superficie, registró con sus delicados aparatos, una serie de altísimas variaciones en la intensidad de campo gravitatorio de la Tierra. Inmediatamente, el emisor de abordo envió hacia el centro del control de la NASA, un torrente de datos. Semanas después, analistas de la Universidad de Stanford debieron estar listos para interpretar la información, pero al final, nadie pudo estar ahí para hacerlo.

LAMDA: ($Na_{2,8,1}$)

Antonella Adelizzi, camarera de un céntrico hotel en Nápoles, realizaba su rutinarias tarea de limpieza de una habitación: corrió las cortinas para permitir el ingreso de la luz, luego retiró las sábanas, frazadas, cubre-colchones y sobrecamas. Los anteriores clientes habían tenido una pequeña fiesta privada, dejando restos de comida, botellas, cenizas y colillas de cigarrillos por doquier. Al entrar al baño, encontró una toalla aún húmeda, rota y manchada con un líquido oscuro. Sin prestarle mucha atención, la arrojó en el carrito de limpieza. Esa mañana prefería pensar en su próxima jubilación: al retirarse, se iría a Sicilia, para vivir con su hija recién divorciada.

Un rumor seco llamó su atención. Luego una serie de potentes y continuos estruendos la alarmaron. "¡Santísimo sea el Señor, un terremoto!", pensó, aterrada ante la idea de experimentar un fuerte sismo, pues se encontraba en la planta alta de ese gran edificio. Corrió para protegerse bajo el marco de la puerta y luego cerró los ojos. Al abrirlos, miró como estallaba el Monte Vesubio, lanzando una oleada refulgente que parecía impulsada por millones de relámpagos, extendiéndose irremisible hacia la ciudad. Con un fragor definitivo, el ubicuo velo de la disolución cayó sobre ella.

Capítulo XV

Si las puertas de la percepción quedaran limpias, cada cosa aparecería como es: infinita.

William Blake, poeta, pintor y místico inglés

20 de diciembre, 2012. 7:15 AM.
Gruta de Tzabnah, municipio de Tecoh
Yucatán, México

Eliseo estaba aturdido por la decisión de don Valerio. Salir a la tempestad, era exponerse a la muerte.

Todos los J'men rezaban con una aceleración progresiva. Un ascenso y descenso del recitado continuo de notas, le otorgaba a las plegarias un sonido único. Cantaban con largas exclamaciones parecidas a lamentos, alternándolas con una extraña rapidez al recitarlas. Una melodía permanecía a lo largo del canto. Al rededor de Eliseo se desarrolló un ritmo tonal, constituido por sílabas con tono alto y luego con tono bajo, al inicio y al cierre de cada fórmula. Todo era música hablando de sí misma, más allá de lo que pueden las palabras decir en un solo resplandor de la noche.

La anciana mujer de larga trenza se acercó a Eliseo. Le puso en las manos una jícara llena con un líquido oscuro. Él, comprendiendo el gesto, bebió todo el brebaje. Su sabor era amargo y fuerte. Luego se sentó, respaldando la espalda en la húmeda pared. Sin poder evitarlo, cayó sobre él un pesado manto de oscura inconsciencia.

Mi: ($Mg_{2,8,2}$)

Olena Ivushkina depositó la carta en la oficina del campamento de refugiados de Jabaliya. Prefería escribir a mano cada misiva dirigida a su madre; esa tarde saldría un vuelo hacia la isla de Chipre, y desde allí, miembros de la UNICEF la harían llegar hasta su natal Cracovia. La Doctora Ivushkina cumpliría pronto tres meses asistiendo psicológicamente a niños palestinos, vejados por soldados israelitas.

Al dirigirse al desvencijado vehículo que la llevaría a la improvisada clínica, comenzó a escucharse el estremecedor sonido de las alarmas de ataque aéreo. De entre edificios derruidos y tiendas de campaña, cientos de personas salieron ahuyentadas por el peligro. Alguien daba órdenes y otros —ignorándolo— corrían buscando refugio. Dos jovencitas llamaron con gritos y gestos a la psicóloga. Una de ellas, Jamela Al-Habash, iba en silla de ruedas: sus piernas amputadas le impedían moverse y su prima, Yafa Aljamal la empujaba junto a un huerto de naranjos.

"¡Doctora, Doctora!" —dijo Jamela con el rostro cubierto de polvo y lágrimas. Sus ojos expresaban miedo y angustia— "Los soldados hablan de que algo terrible sucedió en Tel-Aviv y en El Cairo. ¡Se ha perdido la comunicación por radio y no hay señal en la televisión!"

A su lado, la pequeña Yafa abrió la boca como si le faltara el aire. Tomando el brazo de Olena, dijo con la voz rota "¡Ha comenzado la gran guerra!", repitiéndolo varias veces. Temblando, Olena las miró, luego volteó hacia lo lejos. Levantando una mano hacia el nornordeste y luego apuntando al suroeste, señaló con expresión muda al horizonte. En torno a ellas, una altísima nube, semejante a un muro radiante, se cernía sobre la seca y atormentada franja de Gaza.

CAPÍTULO XVI

Nuestras vidas no nos pertenecen, estamos unidos a otros.

Sonmi-451, Cloud Atlas

20 de diciembre, 2012. 4:20 PM.
Exterior de la gruta de Tzabnah, municipio de Tecoh
Yucatán, México

Cuando Eliseo despertó, estaba acostado sobre una rústica parihuela, totalmente empapado, con frío: había sido arrojado de la gruta, abandonado bajo el huracán. El ensordecedor bramido del viento cubría todo. Algunos árboles yacían derribados y objetos indefinibles volaban, arrastrados a una gran velocidad por el vendaval. Sentía el cuerpo entumecido y un agudo dolor de cabeza no lo dejaba pensar con claridad. Trató de sobreponerse al denso sopor que insensibilizaba su mente. Al tratar de sentarse, un dolor recorrió sus piernas, y sus manos no respondían, aún adormecidas.

Mientras luchaba por recuperar la movilidad, una calma se extendió súbita. Sin aviso, la furia del ciclón cesó.

"El ojo del huracán... Ha llegado sobre mí la quietud temporal del ojo del huracán...", pensó.

Como un regalo de fuego renovado, el sol en la consagración del día, se mostró entre las nubes. Sobre Eliseo, la luz de la mañana fue como la lupa de cristal de su infancia, ampliando la pureza virginal en cada cosa. Todo era verde. Bajo aquella luz tan mansa, las hojas se movían en quietud silenciosa.

En esa hora trémula y resplandeciente, de algún lugar se comenzó a escuchar un dulce canto en maya:

K'iin yuum tuun,
Uj na'tuun...
jump'éel néen tu'ux ts'ux ts'aalal a pixaan, jump'éel néen ku yawat páaytikec.

(Padre piedra el Sol,
Madre piedra la Luna...
son un espejo en el que estampada se halla tu alma,
son un espejo que te invoca con la voz de su resplandor).

En toda la selva, había el callar que tiene de fondo el sonido del mar. Era como si el viento yaciera tumbado en el suelo.

La canción cesó, junto al rumor de la jungla. Eliseo percibió como desde lo alto, se incrementó un rumor semejante al de miles de abejas enfurecidas. Luego, de entre los blanquísimos listones de nubes que pasaban muy arriba, un objeto rojo, brillante, alargado, parecido a un torbellino, comenzó a formarse, elongándose hasta el suelo, moviéndose ondulante. Eliseo no podía dar crédito a lo que veía: era el *Moson chakjole'en.*

Ni: $(Al_{2,8,3})$

Bajo una inmensa aurora boreal, Matthew Pennycook conducía un tracto-camión por la solitaria carretera Nahanni Range. No se sentía satisfecho con su paga, pues era uno de los mejores choferes en la provincia de Yukón, y reflexionaba la idea de ir a buscar mejor empleo en Alaska.

Durante las primeras horas de la noche, la aurora había comenzado como un arco muy alargado y verdoso. Súbitamente incrementó su brillo, mostrando unos rizos violetas y rojos a lo largo del arco. Luego aparecieron unos haces amarillos, prolongados y delgados. La totalidad del cielo se llenó con bandas, espirales, y rayos moviéndose rápidamente de horizonte a horizonte. Matthew jamás había presenciado tanta actividad en las luces del norte. Algo inusual, extremadamente intenso debía estar pasando allá arriba. En ese momento tuvo que frenar, pues un caribú astado salió del bosque, cruzando la carretera. El animal miró las luces del camión y de un salto huyó al otro lado de la arboleda: algo venía persiguiéndolo. De entre los álamos, abedules y abetos, emergió un enorme y extraño ser, semejante a un oso. La figura se encendió, y con un gran estallido se alzó sobre la comarca, absorbiendo al hombre y al resto de la vida en aquel valle distante.

Capítulo XVII

La conciencia individual que esté realmente despierta, logra entrar en lo universal. La vida personal, concebida y utilizada por entero como instrumento del despertar, se funde sin ningún daño en la vida colectiva.

Louis Pauwels escritor franco-belga

En alguna región fuera de la continuidad espacio-temporal

"*Eliseo, Eliseo...*", sonó una voz dentro de su cabeza. Él estaba señalando algo. Su dedo índice izquierdo apuntaba rectamente hacia adelante, mientras su brazo extendido descendía muy lentamente. Con una sensación de algo punzando en la punta del dedo, algo indefinible, creía avanzar. Parecía estar corriendo por un túnel. Más bien parecía estar dentro de un gran tubo, cuya longitud parecía no terminar. A su lado, algo semejante a ojos con forma de rombo, subían y bajaban, alternando su color entre el verde, violeta y amarillo. Luces, una gran cantidad de ellas. Su cuerpo poseía proporciones inusuales, incorrectas: una pierna se extendía delgada y larga, casi de manera independiente. La otra, en cambio, rebotaba y se comprimía, plegándose como un fuelle. El aire no parecía importarle. No había aire, era algo más entre líquido y neblina. Eliseo se sentía correr con la vista fija en algo distante, aparentemente inalcanzable, donde todas las líneas de la perspectiva del universo se fundían en un ínfimo punto de un blanco total e incandescente.

La niebla acuosa, fluida, sabía a roca y luz. Un sonido rítmico, incesante, pronto se le hizo insoportable. Eliseo

creyó no poder aguantar más: se mareó, el vértigo lo destrozaba. Sin embargo corría, deslizándose junto a la nubosidad-roca-luz. Ante él, aparecieron unas finas y larguísimas líneas, multiplicándose, doblándose en nudos imposibles. Algo parecía haberse roto. Las líneas eran rajaduras, grietas de algún entorno conocido pero lejano ahora.

Eliseo corría, resintiendo una corporeidad anómala. Algo comenzó a suceder; la atmósfera fluida y brillante ante él, generaba olas lentas, silenciosas, desparejas. Eliseo sintió velada su mirada por el banco de niebla: estaba en un lugar inmutable, sólido, inconmovible.

Ante él, poco a poco se vislumbró una cavidad inmensa. Eliseo se encontraba en el centro de ese sitio, rodeado por cuatro titánicos pilares de energía radiante. A su derecha, resplandecía una columna roja; frente a él, una columna blanca; a sus espaldas era amarilla y la de su izquierda no brillaba, era absolutamente negra pero emanaba calor

"Somos los Bacabob... los Chaacks... los cuatro Pauahtuns —dijo una voz inmensa, atronadora—. Somos la Fuerza dadora de vida de este mundo y a su vez, somos el producto de esa Vida... Somos uno con ustedes, producto de eones de cambio y crecimiento, y ha llegado el momento de un Gran Salto... la red de la vida, sostenida por billones de mentes, hoy tiene su máxima tensión."

Eliseo comprendía con una claridad perfecta y absoluta. Todo era sencillo.

"La humanidad, sin percatarse de ello, ha tocado los límites... el desequilibrio creado es el preámbulo de las nuevas formas emergentes... Tú serás el primero... luego, a través tuyo se dará para todos lo demás el Gran Salto..."

Eliseo no necesitó preguntar "¿porqué yo?". Entendía que cualquier persona hubiera servido para el propósito;

simplemente, él estaba ahí para ser dispuesto, para ser usado por el *espíritu*.

Ante los Cuatro Pilares del Mundo, el cuerpo de Eliseo terminó por disociarse hasta niveles subnucleares. Las infinitesimales súpercuerdas de su antigua forma material, adquirieron una vibración de resonancia armónica diferente, extendiendo su conciencia mucho más allá del pensamiento humano. Eliseo se fundió así, con la entidad arquetípica por algunos llamada *Me'etan K'aax*.

XI: ($Si_{2,8,4}$)

La Estación Espacial Internacional estaba sola. En ninguno de los módulos presurizados había alguien. Los habitáculos aún mantenían un poco del calor corporal, y en las estrechas áreas de trabajo, las luces brillaban sobre pequeñas cajas de experimentos abandonados en la micro-gravedad. En los nodos Functional Cargo Block y Harmony, algunas herramientas flotaban sueltas, sin nadie interesado en seguir usándolas. Los sistemas automatizados de las cámaras de descompresión Pirs y Quest, indicaban la reciente salida de los cosmonautas.

Las esclusas de aire nunca más volverían a ser abiertas.

Tres hombres y dos mujeres, usando trajes espaciales Orlan, miraban hacia la alta atmósfera: de entre la mesósfera y la termósfera, unas enormes estructuras de plasma rojo se elevaron, emitiendo filamentos y aros concéntricos en rápida expansión. Un larguísimo y ondulante objeto iridiscente brotó de esa intensa actividad, dirigiéndose hacia la estación orbital.

Sumidos en un profundo arrobamiento, los cinco fueron rodeados y absorbidos por una cinta de energía de extraordinaria longitud.

Capítulo XVIII

En el cielo de Indra, se dice que hay una red de perlas, ordenadas de tal forma que si miras a una, ves a todas las demás reflejadas en ella.

Del mismo modo, cada objeto del mundo no es sólo él mismo, sino que incluye a todos los demás objetos y de hecho es todos los demás.

Sutra Avatamsaka, anónimo

21 de diciembre, 2012
En algún lugar, amanece un nuevo día

Antes era un humano. Hoy soy un campo de información y energías coherentes. Los bosones y femiones de mi anterior cuerpo se han transformado, vibrando en resonancia armónica con la longitud de Planck. Mi función de onda cuántica es inextricable. Manifestado en el mundo físico, poseo la apariencia de una curva de topología Calabi-Yau de dimensión (6) embebida en CP^4.

Fui Eliseo, una entidad individual. Hoy soy parte esencial de una mente colectiva, ápice de una red de conciencias hiper-vinculadas.

El mundo se precipita hacia un profundo abismo. La cataclísmica ruptura de la continuidad del espacio-tiempo provocada accidentalmente en el CERN puede acabar con este planeta, pero es precisamente esa extraordinaria anomalía la que proveerá la energía para la transmutación. Si antes la Tierra sufrió grandes catástrofes y logró reponerse, en esta ocasión no podrá restablecerse por sí misma; transcurridos eones de evolución, incontables formas de vida han existido hasta aparecer el humano: un ser inteligente que apenas comienza a conectarse con el resto de su universo, un ser magnífico y poderoso, pero a la vez terriblemente ávido de satisfacciones. La humanidad, grandiosa

creación del cosmos, está corroída por la codicia y el egoísmo, por la insensatez y la indiferencia; en su búsqueda irrefrenable de respuestas, ha consumido sus recursos materiales construyendo titánicas máquinas que hoy han rasgado peligrosamente la urdimbre de la realidad.

Pocos lo han notado, unos cuantos apenas, pero este mundo comienza a colapsar irremisiblemente a causa de la singularidad generada durante el experimento del doctor Peter Christiansen, en el Long Hadrons Collider de Suiza.

Pero es justo así como la humanidad podrá entrar a través de este punto de inflexión: para sobrevivir y continuar, gigantescas tensiones se han liberado desde el inconsciente colectivo, desde esa fuerza que rodea a la consciencia individual. La Vida ha encausado su poder, la de todos los seres animados de la Tierra, otorgando la necesaria y requerida acción, expresándose a través de manifestaciones arquetípicas, de elementos simbólicos, deidades y seres míticos.

Ahora soy parte de las intensas proyecciones psíquicas dimanadas por el inconsciente colectivo.

Y soy el primero en la Tierra en sublimarse, pero a la vez soy parte del proceso escrito en millones de ciclos interestelares, en otros mundos y sus biologías, pues en todos los rincones del universo siempre ha sido así: llegado el momento, los seres inteligentes deben dar el Gran Salto al siguiente estado evolutivo.

Soy el comienzo de la sumatoria.

Soy quien se presentará ante uno y luego ante muchos, para arrebatarlos y sublimarlos. Un día me presento ante un atónito aldeano paraguayo, y lo tomo y soy él. Otro día me fusiono con un silencioso músico japonés, luego con dos absortos mineros africanos.

Crezco poco a poco. En cuestión de meses tomo los individuos suficientes para lograr la expansión definitiva, manifestándome globalmente.

Y soy uno ante un par de niños hindúes, y los arrobo. Soy la exaltación de cuatrocientos presidiarios mongoles. Soy la tormenta de luz que desintegra y eleva a todo en el sur de Francia. Soy la inmensidad

dilatada que toma al chamán australiano y a su nieta. Soy la incandescente mutación subnuclear de unos buzos en Taiwán y con mi avance, soy uno con cada isla y continente. Soy la nube ígnea y el estallido pleno que acoge y lleva a una mucama napolitana, a una médico en el Medio Oriente y a todos los demás seres. Soy uno con un conductor canadiense y con todos los montes y sus bosques. Soy lo que suma en nosotros a cinco cosmonautas. Soy todos ellos.

Soy el asombro de siete mil millones de almas, tomadas por mí, en mí, en nosotros, por nosotros.

Soy el origen de la apoteosis. Soy la apocatástasis.

Soy la luz multiplicada en cada mirada, en todas las miradas. Soy el mar, la roca, el desierto y sus nubes de polvo, soy el ave y el insecto, el pez y el protozoo, el prión y todos los granos de arena. Soy la Tierra entera, transmutada, sobrevolando los intersticios de la realidad. Soy destello que brota y arde en todos los coincidentes y puntuales centros de energía.

Somos la brillante integración por siempre en el Absoluto, aunándonos en la Mente Cósmica.

Octavo hallazgo $\leqslant$ ómicron: $(P_{2,8,5})$

Creo en una derivación capaz de llevarnos hacia alguna forma Ultrahumana

Pierre Teilhard de Chardin, religioso,
paleontólogo y filósofo francés

El antropólogo y experto en matemáticas de redes, Lyublinsko Dmitrovskaya, viajaba en la línea 10 del tren subterráneo de Moscú. En pocos días sería su exposición en el V Coloquio de Europa del Este de Análisis de Redes Sociales. Absorto en la lectura del borrador, apenas notó la señal de aproximación a la estación Rimskaya. Allí tendría que bajar para hacer la transición a la línea 8, con rumbo a la casa de su colega Piotr Pitaevskii, para terminar de pulir algunos aspectos de su trabajo.

"...Debemos mantener un claro enfoque en el cambio complejo y la angiogénesis —decía en cierta parte el texto de su conferencia. Para Lyublinsko, era de suma importancia dar a conocer en ese foro, su reciente descubrimiento. De acuerdo a su estudio, la evolución de las redes sociales informáticas, denotaban una serie de importantísimos cambios en las estructuras culturales de la humanidad como conjunto —. Señores, ante esto, planteo con mi teoría de transición de fase y procesos adaptativos, indagar los fenómenos sociales de sincronización encontrados en las comunidades de redes inmensas. No es de extrañar que en estos tiempos, y de manera simultánea, estén emergiendo teorías reticulares de la evolución y modelos en red de la genómica, de los orígenes de la vida y de la actividad cerebral desvelada por la neurociencia."

“Esta condición —continuó leyendo el hombre, mientras caminaba distraídamente por un largo y concurrido túnel. Letreros en color amarillo indicaban el inicio de la línea Kalininskaya. Algunos niños miraban en las paredes las fotos montadas en una exposición temporal—, es considerablemente apreciable en la estrechísima hiper-vinculación, en la que hoy estamos inmersos prácticamente todos los humanos del planeta. El conocido concepto de “Seis Grados de Separación”, ilustra de manera efectiva mi afirmación.”

A unos metros delante de él, alguien comenzó a correr, y luego otros más lo siguieron. Lyublinsko, indiferente al escándalo a su rededor, prosiguió repasando su ensayo: “Es evidente que la tecnología informática, está trazando el rumbo para favorecer no solo el intercambio económico: la densa cantidad de recursos culturales desplazados en la gran red mundial, está permitiendo la aparición de una ultra-conciencia común, en la cual los individuos, de un modo aún no imaginado, se integrarán tarde o temprano...” —El antropólogo, interrumpido por una inesperada oleada de corpúsculos ardientes, soltó sus notas mientras una cegadora brillantez lo alcanzaba, envolviéndolo y rompiendo los enlaces gluónicos de su cuerpo y de todo cuanto a su rededor había.

El mundo resplandecía, convertido en una gran esfera radiante, y en su interior, destellando, se movía tumultuosa una fluida red de líneas y franjas que cambiaban continuamente de posición, entrelazadas inextricablemente: las fibras de la realidad dejaban atrás los últimos restos de materia, enfrentándose ante la infinitud.

En medio de una deslumbrante explosión, el planeta Tierra se sublimó, transfigurado en algo más elevado, alcanzando así la ascensión.

Índice

JORGE GUERRERO DE LA TORRE (Durango, 1970), es narrador y cronista, conferencista, arte terapeuta, promotor cultural y divulgador de la ciencia. Ha sido beneficiario de las becas PECDA del ICED (2009) y del ICHICULT (2013), ambas en la categoría de Creadores con Trayectoria, y del PACMyC en Durango (2008) y Chihuahua (2012). Es autor de las novelas *Celeste y la banda de Moebius* (IMAC-Durango, 2009), como además del libro de cuentos *Psicofonías del gato cuántico* (ArtePoética Press-New York, 2013). Además antologó la colección de cuentos y poesía *Ruedas a Volar* (ICHICULT, 2013). Ha obtenido los siguientes premios y reconocimientos: Premio Internacional de Cuento "Julio Cortázar" 2012 (Orly, Francia); Mención Honorífica Especial en el Ier Certamen Iberoamericano de Novela Corta "José Echegaray" 2012 (Madrid); Premio Internacional de Cuento "Editorial Vagón" 2011 (Cd. Juárez), entre otros. Sus textos se han publicado en revistas y antologías en México, España, Uruguay, Argentina, Francia, Cuba, República Dominicana y USA. Con la novela *Ascentio*, obtuvo en 2013 el Premio Internacional de Ciencia Ficción "Alternis Mundi", otorgado por L'asociació Valenciana de ciència-ficció. Actualmente radica en Chihuahua.

Ascentio de Jorge GUERRERO DE LA TORRE terminóse de imprimir en Octubre de 2014, en los talleres de Tradición Impresa, Ave. Lázaro Cárdenas 503, Colonia Fátima, C. P. 34060, Durango, Dgo. La producción corrió a cargo del Instituto Municipal del Arte y la Cultura. Cuidado de la edición Alejandro Merlín e Ivette Hdz Pérez Vertti. *Quinientos ejemplares más sobrantes.*